AKAL

HISTORIA DEL MVNDO ANTIGVO

28

GRECIA

LAS CONDICIONES DE LAS POLIS EN EL S. IV Y SU REFLEJO EN LOS PENSADORES GRIEGOS





Esta historia, obra de un equipo de cuarenta profesores de varias universidades españolas, pretende ofrecer el último estado de las investigaciones y, a la vez, ser accesible a lectores de diversos niveles culturales. Una cuidada selección de textos de autores antiguos, mapas, ilustraciones, cuadros cronológicos y orientaciones bibliográficas hacen que cada libro se presente con un doble valor, de modo que puede funcionar como un capítulo del conjunto más amplio en el que está inserto o bien como una monografía. Cada texto ha sido redactado por el especialista del tema, lo que asegura la calidad científica del proyecto.

ORIENTE

1. **A. Caballos-J. M. Serrano,** *Sumer y Akkad.*
2. **J. Urruela,** *Egipto: Epoca Tinita e Imperio Antiguo.*
3. **C. G. Wagner,** *Babilonia.*
4. **J. Urruela,** *Egipto durante el Imperio Medio.*
5. **P. Sáez,** *Los hititas.*
6. **F. Presedo,** *Egipto durante el Imperio Nuevo.*
7. **J. Alvar,** *Los Pueblos del Mar y otros movimientos de pueblos a fines del II milenio.*
8. **C. G. Wagner,** *Asiria y su imperio.*
9. **C. G. Wagner,** *Los fenicios.*
10. **J. M. Blázquez,** *Los hebreos.*
11. **F. Presedo,** *Egipto: Tercer Período Intermedio y Epoca Saita.*
12. **F. Presedo, J. M. Serrano,** *La religión egipcia.*
13. **J. Alvar,** *Los persas.*

GRECIA

14. **J. C. Bermejo,** *El mundo del Egeo en el II milenio.*
15. **A. Lozano,** *La Edad Oscura.*
16. **J. C. Bermejo,** *El mito griego y sus interpretaciones.*
17. **A. Lozano,** *La colonización griega.*
18. **J. J. Sayas,** *Las ciudades de Jonia y el Peloponeso en el período arcaico.*
19. **R. López Melero,** *El estado espartano hasta la época clásica.*
20. **R. López Melero,** *La formación de la democracia ateniense, I. El estado aristocrático.*
21. **R. López Melero,** *La formación de la democracia ateniense, II. De Solón a Clístenes.*
22. **D. Plácido,** *Cultura y religión en la Grecia arcaica.*
23. **M. Picazo,** *Griegos y persas en el Egeo.*
24. **D. Plácido,** *La Pentecontecia.*
25. **J. Fernández Nieto,** *La guerra del Peloponeso.*
26. **J. Fernández Nieto,** *Grecia en la primera mitad del s. IV.*
27. **D. Plácido,** *La civilización griega en la época clásica.*
28. **J. Fernández Nieto, V. Alonso,** *Las condiciones de las polis en el s. IV y su reflejo en los pensadores griegos.*
29. **J. Fernández Nieto,** *El mundo griego y Filipo de Macedonia.*
30. **M. A. Rabanal,** *Alejandro Magno y sus sucesores.*
31. **A. Lozano,** *Las monarquías helenísticas. I: El Egipto de los Lágidas.*
32. **A. Lozano,** *Las monarquías helenísticas. II: Los Seleúcidas.*
33. **A. Lozano,** *Asia Menor helenística.*
34. **M. A. Rabanal,** *Las monarquías helenísticas. III: Grecia y Macedonia.*
35. **A. Piñero,** *La civilización helenística.*

ROMA

36. **J. Martínez-Pinna,** *El pueblo etrusco.*
37. **J. Martínez-Pinna,** *La Roma primitiva.*
38. **S. Montero, J. Martínez-Pinna,** *El dualismo patricio-plebeyo.*
39. **S. Montero, J. Martínez-Pinna,** *La conquista de Italia y la igualdad de los órdenes.*
40. **G. Fatás,** *El período de las primeras guerras púnicas.*
41. **F. Marco,** *La expansión de Roma por el Mediterráneo. De fines de la segunda guerra Púnica a los Gracos.*
42. **J. F. Rodríguez Neila,** *Los Gracos y el comienzo de las guerras civiles.*
43. **M.ª L. Sánchez León,** *Revueltas de esclavos en la crisis de la República.*
44. **C. González Román,** *La República Tardía: cesarianos y pompeyanos.*
45. **J. M. Roldán,** *Instituciones políticas de la República romana.*
46. **S. Montero,** *La religión romana antigua.*
47. **J. Mangas,** *Augusto.*
48. **J. Mangas, F. J. Lomas,** *Los Julio-Claudios y la crisis del 68.*
49. **F. J. Lomas,** *Los Flavios.*
50. **G. Chic,** *La dinastía de los Antoninos.*
51. **U. Espinosa,** *Los Severos.*
52. **J. Fernández Ubiña,** *El Imperio Romano bajo la anarquía militar.*
53. **J. Muñiz Coello,** *Las finanzas públicas del estado romano durante el Alto Imperio.*
54. **J. M. Blázquez,** *Agricultura y minería romanas durante el Alto Imperio.*
55. **J. M. Blázquez,** *Artesanado y comercio durante el Alto Imperio.*
56. **J. Mangas-R. Cid,** *El paganismo durante el Alto Imperio.*
57. **J. M. Santero, F. Gascó,** *El cristianismo primitivo.*
58. **G. Bravo,** *Diocleciano y las reformas administrativas del Imperio.*
59. **F. Bajo,** *Constantino y sus sucesores. La conversión del Imperio.*
60. **R. Sanz,** *El paganismo tardío y Juliano el Apóstata.*
61. **R. Teja,** *La época de los Valentinianos y de Teodosio.*
62. **D. Pérez Sánchez,** *Evolución del Imperio Romano de Oriente hasta Justiniano.*
63. **G. Bravo,** *El colonato bajoimperial.*
64. **G. Bravo,** *Revueltas internas y penetraciones bárbaras en el Imperio.*
65. **A. Giménez de Garnica,** *La desintegración del Imperio Romano de Occidente.*



GRECIA



Director de la obra:

Julio Mangas Manjarrés
(Catedrático de Historia Antigua de la Universidad Complutense de Madrid)

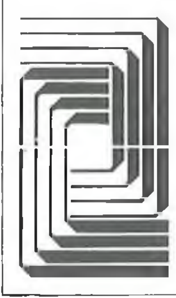
Diseño y maqueta:

Pedro Arjona

Los Berrocales del Jarama
Apdo. 400 - Torrejón de Ardoz
Madrid - España
Tels. 656 56 11 - 656 49 11
Depósito Legal: M-38566-1989
ISBN: 84-7600 274-2 (Obra completa)
ISBN: 84-7600-430-3 (Tomo XXVIII)
Impreso en GREFOL, S.A.
Pol. II - La Fuensanta
Móstoles (Madrid)
Printed in Spain

LAS CONDICIONES DE LA POLIS EN EL SIGLO IV Y SU REFLEJO EN LOS PENSADORES GRIEGOS

F.J. Fernández Nieto,
y V. Alonso Troncoso,



Indice

Introducción

Los grandes problemas de la sociedad griega del siglo IV derivan de los permanentes enfrentamientos que agotaron a la mayoría de los estados desde la Guerra del Peloponeso (431-404) hasta la batalla de Mantinea (362). La ruina de numerosas comunidades, el rápido incremento de la miseria, el abandono de las tierras de labor, la afluencia de menesterosos a las ciudades, requerían la puesta en práctica de medidas sociales que no siempre encontraban buena acogida. En todas partes se realizan esfuerzos para solucionar las cuestiones más graves y se dispensa protección y ayuda a las masas desplazadas, que se integran en la vida urbana realizando las labores que nadie quiere y recibiendo los peores sueldos.

Paralelamente la pequeña industria de la Grecia continental, que había conocido a lo largo del siglo V momentos de indudable prosperidad, se resiente a fondo en todas las ramas de producción. Las guerras y la piratería, el retraimiento de la inversión comercial, las nuevas exigencias fiscales sobre los ciudadanos de clase media (armadores, mercaderes, artesanos, etc...), son algunas de las razones que impulsan la decadencia del comercio, en particular la pérdida de los antiguos mercados de oriente y occidente y de la clientela que consumía aquellos productos (vino, aceite, cerámicas, armamento, etc...); con frecuencia sucede que ciertas ciudades periféricas (Siracusa, Marsella, Rodas, Cartago) se transforman en adecuados centros de distribución e intercambio que reemplazan a los grandes mercaderes de antaño (corintios, atenienses, samios, quiotas, bizantinos), de suerte que los niveles estables de abastecimiento acaban invariablemente por descender.

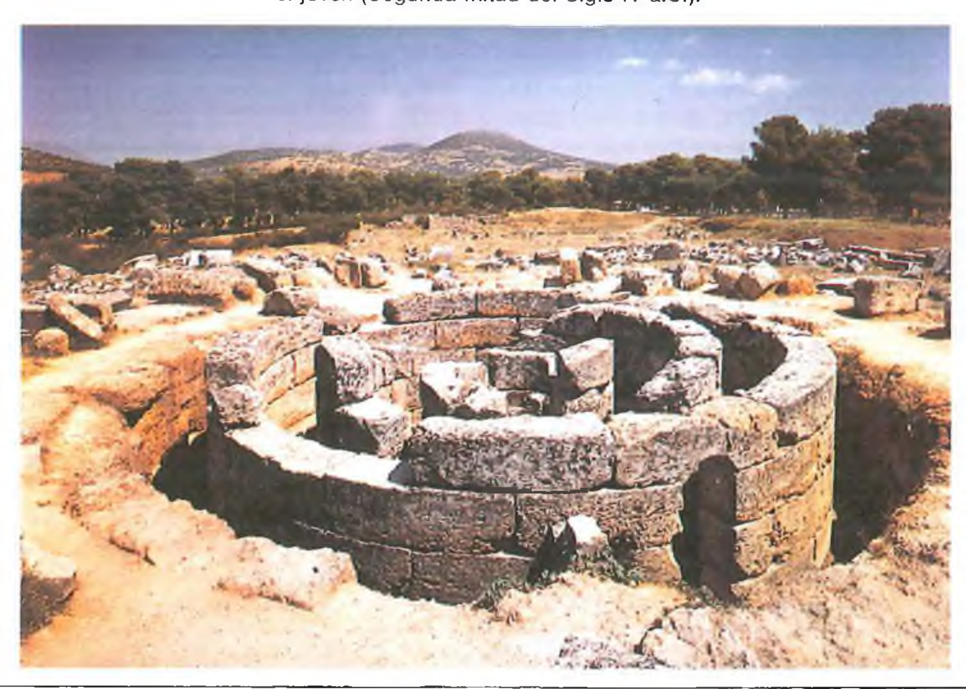
Al deterioro de la situación económica se sumaron los efectos de una crisis social. La especulación y la explotación de la necesidad enriquecieron a bastantes personas, que adquirirían además gran peso político, mientras crecían las diferencias con la parte de población desarraigada y empobrecida. Como en la edad arcaica del mundo griego, oímos continuamente hablar de la lucha entre pobres y ricos, de la ineficacia de las viejas instituciones, del recrudecimiento de las agitaciones sociales, fruto del descontento, que estallan algunas veces en forma de violentas conmociones; el programa esgrimido por los reformistas apunta siempre a demandar nuevos repartos de tierras y anulación de las deudas, e incluso se acarició la idea de abolir la esclavitud. La milicia profesional fue el recurso elegido por mucha gente para obtener subsistencias y dinero, pero el mantenimiento de mercenarios fue una car-

ga tan costosa para los ricos que, en aquellas ciudades en donde se valieron de sus servicios, empeoró agudamente el panorama social.

También la vida política de los estados griegos experimentará una notable evolución. En los sistemas democráticos, como Atenas, se abren paso los oradores y estrategos que prometen soluciones ilusorias y a los que el pueblo sigue temporalmente, mientras reparten los subsidios públicos; preocupados sólo por contener la agitación del momento, nunca adoptaron medidas idóneas para alcanzar una mejor distribución de la riqueza. En los países oligárquicos y en aquellos en donde la democracia no había calado por completo, fueron los propietarios y los aristócratas, reteniendo las magistraturas y el cargo de estratego, quienes buscaron controlar el poder político real ante la amenaza del desorden e hicieron compatible el mantenimiento de su posición tradicional con pequeñas concesiones y reformas; sin embargo, también en estos territorios llegaron a menudo a peligrar las instituciones y el orden político.

Los pensadores y filósofos griegos recogieron el sentimiento de inquietud de sus conciudadanos ante tales situaciones y en sus obras analizaron el malestar general que invadía a su generación, de la que actúan como portavoces. Sus ideas adentran las raíces tanto en el pensamiento histórico clásico (Heródoto, Helánico, Tucídides) como en los planteamientos filosófico-políticos de la escuela socrática; los grandes nombres que florecen en el siglo IV son los de Jenofonte, Platón, Isócrates, Éforo, Teopompo, Filisto, Calístenes, Aristóteles. Ciertamente se limitaron a desarrollar una labor teórica distanciada, por lo general, de la realidad, pero su influencia sobre los oradores y los grupos dirigentes fue el acicate que promovió el debate social y preparó el camino a la renovación de numerosas instituciones.

Ruinas de tholos de Epidauro. Por Policleto el joven (Segunda mitad del Siglo IV a.C.).



I. Caracteres generales del Siglo IV

Como ya hemos visto, el debilitamiento de la polis se hizo patente ante todo en la historia externa de los estados griegos, es decir, en el campo de las relaciones internacionales. Contra todo pronóstico, la caída del imperialismo ático no trajo la autonomía para muchas de las ciudades, y la desaparición de la bipolaridad espartano-ateniense no inauguró un siglo de más paz, sino que favoreció el surgimiento de nuevos polos de atracción como Tebas y Siracusa, con la consiguiente inestabilidad de las nuevas constelaciones políticas y el mayor riesgo de conflictividad armada. Los griegos se vieron por ello inmersos en una espiral de luchas incesantes, pese a los repetidos esfuerzos de la *Koiné Eirené;* de guerras realmente agotadoras, de las que sólo se beneficiarían Persia y Macedonia; en fin, y lo que era peor, de conflictos irresolutivos y estériles, como reiteradamente se quejaría desde su impotencia de orador el ateniense Isócrates (VIII 19; IX 32). Con ello la ciudad ponía de relieve su incapacidad para dar paso desde sí y por sí a una nueva época histórica, tarea que estaba reservada a la monarquía de Filipo y, especialmente, a la de Alejandro Magno.

En relación con esto último no estaría de más llamar la atención sobre la inoperancia de una institución di-



Estatuilla de bronce de un joven desnudo, procedente de Armiclas, Esparta (Comienzos del Siglo IV a. C.) Museo Nacional de Atenas

rectamente relacionada con los mecanismos comunicativos y expansivos de la polis: la *symmachía*, o alianza militar. Ésta se había impuesto durante el arcaísmo y el s. V como el instrumento idóneo de la vocación asociativa de las ciudades griegas, al saber conciliar su irrenunciable deseo de autonomía con las perentorias necesidades de la defensa (Liga Jonia, Liga Helénica), pero también por ser capaz, llegado el caso, de vehicular una política abiertamente hegemónica, sin acabar por ello con la identidad humana y territorial de los aliados —fue el caso de la Liga del Peloponeso y, más abiertamente todavía, el de la *arché* ático-délica—. Signo de los tiempos venideros, la antigua *symmachía* fue cediendo protagonismo a lo largo del s. IV al estado federal (*koinón*), que ahora se fragua (el etolio, el aqueo) o se impone (el beocio, el arcadio), pero también a las prefiguraciones de los reinos helenísticos, como la Macedonia de Filipo, la Siracusa de Dionisio I, el Epiro unido de los monarcas molosos o la Halicarnaso de Mausolo. La trayectoria de los estados griegos desde el fin de la Guerra del Peloponeso hasta la batalla de Queronea (338) no sólo nos enseña que la polis griega fue finalmente incapaz de institucionalizar la paz y de unirse bajo la bandera panhelénica —lo que en todo caso no serían notas distintivas de esta centuria—, sino sobre todo que esa formación política genuinamente helénica, la polis, había agotado su ciclo vital en luchas fatricidas sin levantar una autoridad superior, delegada por la mayoría o impuesta por la más fuerte. Sólo Atenas, desde el dominio del Egeo y con la expedición a Sicilia, se había acercado a la vertebración de un imperio y a la unificación parcial del Mediterráneo, antes que Macedonia y Roma.

Existen, en efecto, algunos fenómenos característicos del s. IV que apuntan directamente a una quiebra del ideal de la polis. La generalización del mercenariado es uno de ellos. La práctica de este viejo oficio remontaba ya al s. VI, en que los griegos entraron al servicio de los reyes de Egipto y Babilonia: habían sido estos profesionales de la guerra, helenos y carios, los que perpetuaron sus nombres en la gran estatua de Ramses II en Abu Simbel (Nubia). Creta y el Peloponeso venían siendo canteras tradicionales de esta fuerza de combate, que, con suerte, podía enriquecerse al servicio de un soberano extranjero o de otra polis, para regresar a la patria enriquecida y gozar allí de un cómodo retiro. Tras la Guerra del Peloponeso, y como consecuencia del desarraigo y abandono de las tareas agrícolas que ésta crearía, muchos griegos trocaron el arado por la espada y se enrolaron en los distintos cuerpos del ejército que partieron hacia el Asia Menor. La Hélade debió de asemejarse un poco a la Europa que tras la Guerra de los Treinta Años vio poblarse de soldados de Flandes o del Casal, de Nordlingen o la Valtelina, inmortalizados en los dibujos y lienzos de Callot, Cuyp o della Bella. En la *Anábasis* de Jenofonte, él mismo un hombre de acción, se nos pergeña el perfil humano de estos soldados sin patria que se ponen a las órdenes del pretendiente persa: Clearco de Lacedemonia, un desterrado; Aristipo, un tesalio de Larisa expulsado de su patria por sus adversarios políticos; Próxeno, un beocio; Soféneto de Estinfalo y Jenias de Parrasia, ambos arcadios; Pasión de Megara, Sosis de Siracusa, etc. Más tarde, del 375 al 373, cuando reinaba la paz entre Atenas y Persia, Ifícrates y Timoteo entraron sucesivamente al servicio de Artajerjes II al frente de su propia hueste de mercenarios. En la reconquista de ese país (343/42) sobresalieron dos jefes griegos, el tebano Lacrates y el rodio Méntor, este último hermano de Memnón, el único oficial del estado mayor persa que sa-

bría plantar una estrategia eficaz contra las primeras campañas de Alejandro Magno en Asia Menor.

No sólo los sátrapas y los reyes persas reclutaron a griegos como tropas mercenarias cualificadas. Las propias ciudades griegas, empezando por Esparta y Atenas, sintieron repetidamente la necesidad de completar sus efectivos humanos a base de soldada. Agesilao, por ej., debió su victoria en Coronea (394) frente a los beocios a los mercenarios griegos de la *Anábasis*, bajo el mando de Herípidas. Los generales atenienses, ante la continua penuria financiera de su patria, hubieron de costear de su propio bolsillo el reclutamiento de tropas a sueldo para afrontar campañas imperiosas y repentinas: a fin de llevar adelante su expedición naval en torno al Peloponeso que concluyó con la adhesión de Corcira a la Liga Marítima (375), Timoteo hubo de hacer un desembolso personal de trece talentos, e Ifícrates se vería obligado a emplear en faenas agrícolas a sus remeros entre campaña y campaña, por no tener con qué pagarles.

Otras veces las fuentes de ingresos serían el saqueo, la piratería o la recaudación ilegal de impuestos y tasas a comunidades aliadas y a las naves mercantes. Comportamientos como los de Tibrón y Titraustes entre los espartanos, o Diopites en Atenas, muchas veces contraviniendo las normas del derecho internacional, se hicieron célebres por su habilidad para sostener a los ejércitos a costa de terceros. El jefe de mercenarios se convertiría así en un hombre semiindependiente, patrono de sus hombres, con quienes mantenía una relación puramente personal, al margen de la ciudad. Pero esto rompía la perfecta fusión de lo civil y lo militar en el seno de la polis clásica. De ahí que la voz patriótica de Demóstenes tronase en la Asamblea una y otra vez contra la plaga de los mercenarios, que acababan con la tradición del soldado-ciudadano, y a los que tanto él como Isócrates tenían por «enemigos comunes de todas las tierras» y «de todos los hombres».

El empleo de mercenarios se debía en parte a la inhibición del ciudadano ante una obligación que ahora parecía una carga insoportable, y que prefería eludir mediante el pago de impuestos. Este fue el caso particularmente de Atenas, donde el recurso al impuesto de guerra (*eisphora*) se hizo cada vez más frecuente. Pero, junto a la quiebra del ideal de la polis, este fenómeno tiene también su origen en la crisis económica que afectó a muchas regiones de la Hélade, haciendo aún más hondo el foso entre ricos y pobres y echando a unos ciudadanos contra otros en violentos enfrentamientos civiles (*stasis*).

En efecto, un tema omnipresente en la historia de las ciudades durante esta centuria es el de los exilios, confiscaciones, proscripciones y masacres subsiguientes a una revolución interna, protagonizada bien por demócratas, bien por oligarcas o bien por un tirano. Mitilene, Argos, Corinto, Siracusa, Rodas, entre otras poleis, han conocido conmociones de este tipo y visto surgir en su seno esas «dos ciudades hostiles» que Platón quería erradicar de su República ideal. Parece que el Peloponeso se vio particularmente sacudido por la *stasis*, sobre todo a raíz del hundimiento de la preponderancia espartana en Leuctra y el inmediato resurgir del movimiento democrático en las ciudades contra la oligarquía. Isócrates (VI 64 s.) es testigo de ello y así nos lo hace saber por boca del rey Arquídamo de Esparta: «Creo también que el restante pueblo peloponesio, incluso el democrático, el más hostil a nosotros, según pensamos, añora ya nuestro gobierno (...) Murieron los mejores de ellos a manos de los peores ciudadanos y en vez de autonomía cayeron en las más numerosas y peores ilegalidades (...) Así las tierras están arrui-

nadas, arrasadas las ciudades, destruidas las casas privadas, derribadas las constituciones y abolidas las leyes bajo cuyo gobierno eran los más felices de los griegos. Es tal su mutua desconfianza y odio, que temen más a sus conciudadanos que a los enemigos. En lugar de la concordia que tenían bajo nuestro gobierno y de su mutuo bienestar, han llegado a tal insociabilidad que los ricos con más gusto tirarían al mar sus propiedades antes que ayudar a los necesitados, y los pobres preferirían arrancar esas riquezas a sus propietarios mejor que encontrárselas. Abolieron los sacrificios y se degüellan unos a otros sobre los altares. Ahora son más los que huyen de una sola ciudad que cuantos antes lo hacían de todo el Peloponeso. Y aunque son tantos los males enumerados, son muchos más los que quedan por decir» (trad. J.M. Guzmán).

Este sombrío cuadro nos parecería demasiado irreal y producto de la retórica, si no fuese porque nos consta por Tucídides (III 82-83) que las consecuencias de la *stasis* en Grecia habían sido siempre de este calibre, y, sobre todo, porque los hechos aludidos están perfectamente documentados en otras fuentes: así la masacre general perpetrada en Corinto contra los aristócratas en plena fiesta de Artemis Euclea el año 392 (Jenof., *Hell.* IV 4, 1 s.), el asesinato de los suplicantes aqueos refugiados en el templo de Posidón (Paus. VII 25), o los sangrientos sucesos acaecidos en Argos el año 371 (Diod. XV 58), en que no menos de mil personas fueron muertas a varazos (*skytalismós*). Podemos hacernos una idea sobre aquel clima de inseguridad permanente y de miedo a las revoluciones en que vivían los griegos, si leemos el tratado escrito por Eneas Táctico hacia mediados de esta centuria sobre la defensa de las ciudades con el título de *Poliorcética*. En el sólo se alude a traiciones y golpes de mano, a enormes amenazas de las bandas mercenarias, a la lucha interna entre pobres y ricos, favorecedora del establecimiento violento de tiranías más o menos efímeras.

La reaparición de la tiranía, en efecto, constituyó un fenómeno bastante frecuente durante el s. IV. En ese sentido no cabe duda de que para algunas comunidades griegas esta centuria comportó un claro retroceso en su desarrollo político hacia condiciones de época arcaica. Al igual que los siglos VII y VI, el gobierno unipersonal tuvo por origen graves desequilibrios sociales, que hacían superfluas a los ojos del *demos* las conquistas políticas anteriores, incluso las del gobierno popular, y señalaban en cambio como más perentoria la resolución drástica de los problemas materiales. Bien es verdad que en el caso de Dionisio de Siracusa la instauración de la tiranía estuvo justificada por la amenaza cartaginesa y la necesidad de concentrar en una sola persona todos los poderes, pero también aquí el nuevo régimen, que puso fin a la democracia, persiguió a los aristócratas y se apoyó en los estratos inferiores, en los ciudadanos de nueva creación (*neopolitai*) receptores de tierras y en el mercenariado afecto al tirano.

Igualmente revelador es el caso de Eufrón, tirano de Sición en la primera mitad de los años sesenta. Esta ciudad recibió una guarnición tebana en el 369/8, y uno de sus notables, Eufrón, fue el principal instigador del golpe de estado que acabó con la oligarquía laconófila e instauró una democracia en toda regla. Su duración, no obstante, fue muy breve, pues Eufrón, que tenía dos mil mercenarios bajo su mando, se deshizo de los otros estrategos, confiscó e hizo vender los bienes de los oligarcas proespartanos más acaudalados y estableció una tiranía en Sición. Jenofonte, de quien procede lo más esencial de nuestra información, define a los dos grupos enfrentados como «los más ricos» (*plousiótatoi*), por una parte, y el pue-



Relieve funerario procedente del Pireo
(Siglo IV a. C.)
Museo Nacional de Atenas

blo llano (*demos*), por otra. También en Heraclea Póntica, colonia de Megara en el Mar Negro, la toma del poder por Clearco obedeció a las mismas razones de fondo: hacia el 370 la lucha oponía a los ricos contra los pobres, teniendo los primeros el control del Consejo de los Trescientos y los segundos una escasa participación en la vida pública de la ciudad. Pero no era la paridad de derechos políticos lo que realmente sublevaba a las clases bajas, sino sobre todo la crisis agraria y sus exigencias: abolición de las deudas y reparto de tierras. Al final, la tiranía se impuso como solución en la persona de Clearco, también un jefe de mercenarios.

No es extraño, por consiguiente, que cuando en el 338/7 Filipo impuso a los griegos la Paz de Corinto, les hiciese jurar el compromiso solemne de no proceder a ningún cambio de régimen político, a ninguna condonación de las deudas, a ningún reparto de tierras y a ninguna liberación de esclavos con vistas a asegurar el triunfo de cualquier revolución interna. Aun así, cuando Nicanor de Estagira mandó leer en los Juegos Olímpicos del año 324 el decreto de Alejandro sobre el retorno de los desterrados a sus respectivas ciudades, estaban presentes en el acto, según parece, unos veinte mil refugiados de toda la Hélade.

Pero el problema de la polis no fue algo que se reflejó únicamente en el campo de las relaciones internacionales y en las condiciones económico-sociales internas, sino también en la vida religiosa, las artes y el pensamiento.

El siglo V había visto triunfar la religión cívica y, con ella, la integración misma sensibilidad religiosa la que explica incluso ciertas prácticas extáticas extrañas al orfismo, pero que constituían residuos del primitivo culto dionisíaco, ya disciplinado y plenamente institucionalizado en el cuadro de la polis en el caso del Atica. Las formas más intensas y emocionales del dionisismo, como el éxtasis báquico o el acercamiento a la naturaleza, fueron retomadas ahora para descargar en ellas la angustia del ciudadano, cada vez menos poseído del optimismo racionalista de la pasada centuria. En este sentido, las *Bacantes* de Eurípides testimoniaban ya el eco que la religión anómica del dios agrario encontraba entre el público ateniense, así como el arraigo que ésta tenía todavía en otras regiones de la Hélade. La proliferación de asociaciones privadas de culto (*thiasoi*) y el acercamiento de Dionisió a la religión eleusina fueron la consecuencia natural de esta evolución espiritual.

Como parte de esas nuevas corrientes de religiosidad habría que referirse al culto de Asclepio, dios de la medicina, cuyo principal santuario se levantaba en Epidauro. Este lugar alcanzó en el s. IV un renombre excepcional y conoció numerosas obras de ampliación, para dar acogida y prestar servicios a las gentes que hasta él se acercaban, como en peregrinación, de toda Grecia, en busca de una curación milagrosa. No sólo en la Argólida, también en otras partes del Peloponeso está atestiguada la devoción al hijo de Apolo, así como en Pérgamo, Cos y las islas, con existencia probada de templos en cada uno de estos centros. También en Atenas prendió este culto y se edificó un Asclepieion, a raíz aquí del terrible trauma que provocó en la ciudad la peste del 430. La popularidad de Asclepio resulta tanto más significativa cuanto que el racionalismo de la pasada cenbastante perfecta de la religiosidad del ciudadano en el cuadro institucional de la polis. Recintos sagrados como el Hereo de Argos o el Partenón de Atenas, fiestas como las Carneas o las Panateneas, habían servido ciertamente al enaltecimiento de la polis y al robustecimiento de la cohesión ciudadana, pero también habían satisfecho las exigencias de espiritualidad del individuo. Con el nuevo siglo y la quiebra de los valores comunitarios la religión oficial se hizo insuficiente, y el griego buscó nuevas fuentes de religación al margen de los cultos tradicionales. Se produce ahora un resurgimiento de las corrientes místicas del arcaísmo, que la polis había hecho marginales, pero nunca eclipsado del todo. Divorciado de su comunidad, aislado y angustiado por una cismundanidad en la que no encuentra más que insatisfacción y dolor, no tiene nada de extraño que la persona haya perdido en muchos casos su fe en el hombre y en los valores de la vida, y que haya procurado aquietar su conciencia en una espiritualidad interior de renuncia y más

penetrada de lo trascendente.

El orfismo, parece que de origen arcaico, fue una de esas corrientes a las que el hombre griego se entregó durante estos años de crisis. Con su ascesis basada en un desprecio del mundo y el vegetarianismo purificador, y con una doctrina que defendía el dualismo alma-cuerpo y la inmortalidad de ésta, liberada tras la muerte de su prisión corporal, este tipo de religiosidad ofrecía sin duda una promesa de salvación frente a los males del presente. También los misterios de Eleusis, con su carga de iniciación, revelación y secreto, y con su garantía de salvación eterna, encontraron una gran aceptación, como revela la construcción de un nuevo *telesterion* en el recinto sagrado. Por otra parte, es esta turia había realizado notables progresos gracias a la medicina hipocrática en el análisis empírico de síntomas y causas de la enfermedad. Este avance de la medicina se continuó en el s. IV, pero ello no fue obstáculo en absoluto para que en estos tiempos de crisis el recurso a lo sobrenatural y a lo milagroso arraigase en las conciencias.

También en el campo del arte se refleja el espíritu de la época. Inquietud y dolor, tristeza y evocación de la muerte son perceptibles en el relieve (por ej., en las estelas funerarias) y en la estatuaria o en las pinturas rojas de los vasos áticos. Asimismo el cosmopolitismo, el individualismo y la marca de la personalidad rompen con el aire sereno y digno del pasado siglo, para ahondar en el sentimiento de lo patético, la agitación, el movimiento y el amor por lo pintoresco. Las obras de Escopas, que trabajó en el Mausoleo de Halicarnaso hacia mediados de siglo, así como en el Artemisión de Efeso, son buena muestra del gusto por el *pathos* y la emoción interior. Praxíteles, imbuido de un sensualismo embellecedor, supo dotar de gracia, delicadeza y vida a sus esculturas de dioses y diosas, rompiendo así con la majestuosidad fidíaca anterior. Es una vida que en otras creaciones se manifiesta por un realismo familiar, como en las estatuillas de mujeres que pasean sosteniéndose sus abanicos o dirigiéndose con su tamboril hacia alguna fiesta orgiástica, o tocando un instrumento de cuerda o bailando en compañía. Los dioses participan de esta existencia: Diana es una cazadora, Posidón arponea los atunes, Afrodita se desnuda para tomar su baño, Hermes se sujeta la sandalia o divierte, como a un hermano menor, al pequeño Dionisio; Hércules hace ostentación de su musculatura. Triunfa, por eso mismo, la moda del retrato, cada vez más realista.

Los problemas financieros de las ciudades detuvieron en muchos casos la política constructiva anterior: Atenas había cubierto la Acrópolis de monumentos, y ahora no levantó como edificios importantes más que el teatro de Dionisio, el estadio y el arsenal del Pireo. Aumentaron, en cambio, las obras de encargo de los particulares, y en ellas lógicamente se perdió la gravedad y el contenido sagrado del arte ciudadano, para imponerse el gusto por el preciosismo, la afectación o el intimismo anunciador de la época helenística. Esto se demuestra en la construcción y el arreglo de la casa, que cada vez reclamaban más la atención de los particulares, como también en la erección de monumentos destinados a perpetuar la memoria de príncipes griegos y asiáticos, caso de Chipre, Halicarnaso, Sidón, Pella o Siracusa. La conciencia siempre alerta de Demóstenes captaría también aquí la pérdida de la tradicional austeridad doméstica y la quiebra del espíritu comunitario, pues tal evidenciaban «quienes se han hecho construir casas particulares más imponentes que los edificios públicos». El individualismo sin freno, como diría G. Glotz, destruía el espíritu cívico, y la historia del arte llegaba a un punto en que, vaciada de toda suje-

ción a una idea colectiva, se disolvía en historia de los artistas.

Lo mismo cabría decir de los géneros literarios. El aliento poderoso de la tragedia se apaga, y, sin nada nuevo que comunicar, el siglo IV se limita a reponer las obras de los tres grandes clásicos de la pasada centuria. No faltan en este período poetas trágicos, como Teodectes de Faselis, representante de la tragedia «retórica», y Diógenes de Sínope y Crates de Tebas, que lo son de la tragedia «filosófica». Pero este género, que había sido la guía espiritual de Atenas, el aula educativa del pueblo, no ejerce ahora una verdadera influencia sobre la sociedad. En la comedia destaca la producción de Menandro, si bien contrariamente a la producción anterior este autor no se inspira ya en la polis, sino en el hombre en sentido universal, y su obra se convierte en la auténtica «comedia humana», destinada a ser comprendida en todo tiempo y lugar. Con Aristófanes, por el contrario, el género buscaba a sus protagonistas en la vida pública y por medio de la parábasis transmitía a los espectadores una arenga política sobre el momento presente. Ahora las obras no sólo se despolitizan, sino que hasta sus autores dejan de ser ciudadanos atenienses para aparecer como tales simples metecos.

Las heridas de la polis, no obstante, concitaron en Atenas una reacción en los medios intelectuales y filosóficos, que dio vida a nuevas corrientes de pensamiento y de reflexión política. Como «el tiempo del Quijote», época de decadencia, el siglo IV fue un período de máxima creación y de florecimiento de un espíritu profundamente crítico. Nombres como los de Platón, Aristóteles o Demóstenes están íntimamente unidos al espíritu de la época, y su obra enriquece ya para siempre lo mejor del humanismo occidental.

El siglo se había abierto con la muerte de Sócrates en el 399, hecho que no sólo marcó a toda una generación, la de Platón y Jenofonte, sino que también dio perfecta medida de hasta qué punto el hombre de bien y el pensador se habían llegado a divorciar de su propia comunidad, para llevar una vida no del todo aparte, pero sí de incomprensión y animada por un solo aliento interior. Sócrates el ciudadano había sabido cumplir repetidamente sus obligaciones políticas y militares, y su actitud hacia las leyes y los cultos de su ciudad, por mucho que ésta tuviese que guardar las formas, había estado llena de prudencia y respeto. Pero la quiebra de valores que acarreó la Guerra del Peloponeso, el recrudecimiento de la *stasis* en el 411 y el 403, y, en definitiva, la crisis de Atenas, habían colocado a este hombre excepcional en una posición distante y crítica, en la que la dialéctica sofística y el libre examen eran los únicos referentes de comportamiento. Una ética de la verdad —de la veracidad, diríamos hoy—, animada por una mayéutica buscadora de lo bueno, lo justo y lo bello allí donde se hallasen, y dispuesta a sostenerlo racionalmente, sin violencia ni dogmatismo, frente a la hipocresía y la inseguridad reinantes en la sociedad ateniense del cambio de siglo. Esta exigentísima concepción de la virtud (*areté*) conllevaba inevitablemente una cierta relajación de los vínculos del individuo con su comunidad, en la medida en que abocaba al deísmo superador de la religión políada, a un cultivo interior del espíritu, a una cierta despreocupación por las convenciones y los honores sociales, y, en definitiva, a un inconformismo difícil de aceptar por quienes, como su acusador Anito, luchaban con toda su mediocridad, pero también con toda su buena fe, por asegurar la tranquilidad, la concordia (*homonoia*) en la democracia recién restaurada. Este maestro de la verdad sería pues denunciado por tres individuos, por tres «honorables» ciudadanos,



Crátera ática de figuras rojas con representación de Dionisos, Ariadna y los sátiros
(Comienzos del Siglo IV a. C.)
Museo Nacional de Atenas

que lo acusarían de no creer en los dioses de Atenas, de introducir otros en lugar de los propios —pues él hablaba de un *daimon* interior que le frenaba ante el mal, así como «del dios» que le indicaba dónde estaban el bien— y también de corromper a la juventud. El pésimo ejemplo de alguno de sus discípulos —malos discípulos—, como Alcibiades o Critias, sirvió de argumento añadido para convencer al tribunal popular de la *Heliaía* de la culpabilidad del encausado.

El proceso de Sócrates, proceso de impiedad y, como tal, eminentemente político, desterró del ágora al pensador comprometido y lo condenó a defender su doctrina, ya como filósofo puro, en el ámbito cerrado de la Academia o del Liceo, y a teorizar sobre las cualidades de la ciudad ideal. «El humanismo del siglo IV —dirá W. Jaeger en *Paideia*—, después de ver cómo caía por los suelos el reino de la tierra, estableció su morada en el reino de los cielos». Así, Platón (427-347), el más descollante discípulo de Sócrates, desengañado de su ciudad, renunciaría el activismo político en Atenas e incluso a la enseñanza de corte sofístico, para consagrarse al

pensamiento puro y a la *paideia* filosófica de la Academia, por él fundada. Esta tendencia inicial se acentuaría en él a raíz del fracaso de sus dos viajes a Sicilia, donde con la ayuda de los tiranos siracusanos esperaba ver hecha realidad su utopía política. El idealismo platónico, con su relegación del mundo de los fenómenos a segunda categoría y su evocación de las esencias eternamente inmutables, refleja en parte esta andadura vital cada vez más alejada de los destinos de la patria. La primera de sus obras de teoría política, la *República*, nos traza un cuadro totalmente ideal del estado humano, y la segunda, *Las Leyes*, aunque más realista, nos presenta a la mejor de las ciudades posibles, más próxima a Esparta que a la Atenas de su tiempo.

Aristóteles (384-322), discípulo de Platón y preceptor de Alejandro Magno, fue el tercer gran nombre de la filosofía de la época. Nacido en Estagira (Calcídica), no era ciudadano de Atenas, razón adicional para no dedicarse aquí a la política activa. De un saber vastísimo, tanto físico-natural como filosófico, histórico y político, su figura representa la del genio universal y sistematizador, cuya grandiosa obra constituye el punto de partida de las distintas ciencias particulares de la época helenística. En Atenas fundó su propia escuela, el Liceo, o *Perípato*, donde reunió a alumnos de toda Grecia y desarrolló una labor de investigación en equipo que rindió enormes frutos: bajo su dirección, por ej., fueron recopiladas y descritas un total de 158 constituciones políticas, de las cuales sólo se nos conserva la *Constitución de los atenienses*, a él atribuida. Pero su obra maestra en cuanto a teoría del estado sería la *Política*, en donde resuelve la contradicción, latente en el pensamiento helénico desde los sofistas y Sócrates, entre la ética individual y la ética social, con el apotegma de que «el hombre es un animal político»: la polis constituye el medio necesario en el que la persona desarrolla al máximo todas sus cualidades naturales, y en esa misma medida la vida en comunidad es la consecuencia de un instinto natural.

A más de la filosofía también la retórica floreció como nunca en la historia de Grecia. Isócrates (436-338), alumno de Gorgias, fue uno de los grandes cultivadores de la oratoria ática, a la que dotó de elegancia, claridad, y de un extraordinario sentido de la armonía. En torno al 393 abrió una escuela de pago para la enseñanza de la retórica, a la que acudieron alumnos de toda Grecia. De ella salieron personajes ilustres, y no sólo oradores, como Licurgo e Hipérides, sino también historiadores como Éforo y Teopompo, el poeta trágico Teodectes, y hombres de estado y generales como Timoteo. Conservador en lo político e ideólogo de la *patrios politeia*, o constitución ancestral, su pensamiento se identificó pronto con las corrientes panhelenistas y defendió la causa de Filipo de Macedonia como líder de los griegos contra el persa. Isócrates, por tanto, aunque de un modo diferente a Platón y Aristóteles, había dejado de creer en el estado griego contemporáneo, para entregarse a la *paideia* como único medio de renovación y formación de individualidades salvadoras.

De temperamento e ideario muy diferentes era su coetáneo más joven Demóstenes (384-322), el gran enemigo de Filipo de Macedonia y el patriota apasionado. Este orador ateniense fue lo que se dice todo un carácter, una personalidad arrolladora, que puso su enorme voluntad y su talento al servicio, sin reservas mentales, de la democracia ateniense y de la autonomía de la polis. En sus discursos políticos, que se inician en los años cincuenta, se puede seguir paso a paso el declinar de Atenas y, con él, el de las ciudades griegas ante el avance incontenible de las armas macedonias. Demóstenes fue algo así como

la voz de la conciencia de Atenas en su decadencia, un hombre plenamente comprometido con su tiempo, y en este sentido un fruto tardió de la polis clásica.

Para concluir esta introducción general al siglo IV cabría hacer una consideración final a todo lo dicho. El cuadro que hemos trazado se basa fundamentalmente en el caso del Atica, al que se refiere y de donde procede la inmensa mayoría de nuestras fuentes, y secundariamente en los de Esparta y el Peloponeso. Es evidente, así pues, que nuestro conocimiento del mundo griego restante es sumamente insuficiente y fragmentario, de tal forma que debemos precavernos de cometer el error de generalizar en exceso (L.M. Gluskina). Cuando se escribe la historia de Grecia en los manuales y obras generales, tendemos con frecuencia a olvidar que la civilización helénica se extendió desde Fasis y Dioscuros, en el extremo oriental del Mar Negro, hasta Marsella y Ampurias, en el sur de la Galia e Hispania; y lo que es más imperdonable aún, nos cuesta reconocer que por la inercia de la tradición académica y la dispersión de nuestros conocimientos en innumerables revistas y obras monográficas nos sentimos incapaces de presentar una visión todo lo completa y representativa que cabría esperar.

En realidad, no hace falta ir tan lejos y preguntarse por el mundo colonial; dentro de la propia Grecia metropolitana, lo que podríamos denominar el «tercermundismo griego» de época clásica continúa siendo sistemáticamente ignorado en la síntesis de historia, y ello pese a que contamos ya con estudios generales serios y concluyentes sobre regiones que desempeñarían y desempeñaron un papel de cierto relieve en las relaciones internacionales, las corrientes de religiosidad y pensamiento, en las artes, o simplemente que encarnaron un modelo de desarrollo diferente al de Atenas y Esparta. Son países como Etolia, Creta, Acarnania, Epiro, Tesalia, Macedonia, etc. Para los estados tribales (*ethne*), e incluso para muchas poleis que se formaron en estas partes de la Hélade, la periodización tradicional carece de sentido, y sus fases de expansión y de crisis no se ajustaron a las tendencias que se consideran normales.

Pensemos incluso, dentro ya de la Grecia más evolucionada, en el caso de Tebas y la Confederación Beocia. Sobre la ciudad de Cadmo parece recaer un extraño maleficio, sin duda proviniente de la propaganda espartano-ateniense, que ha hecho imposible en la práctica valorar adecuadamente el legado tebano no sólo en el campo del arte de la guerra, sino también en el progreso del federalismo e incluso en la difusión de ciertas corrientes filosóficas, como el pitagorismo. El historiador del s. IV que se atenga a los cánones cronológicos e interpretativos al uso experimentará inevitablemente la sensación de no estar haciendo justicia realmente a la singularidad del ciclo histórico tebano. La Guerra del Peloponeso no representó en absoluto una crisis para la ciudad de Epaminondas, sino por el contrario una coyuntura internacional de la que salió fortalecida en todos los sentidos: militarmente, su protagonismo se afirmó a partir de la batalla de Delion (424) gracias a un ejército eminentemente ciudadano y no mercenario; en el plano federal el hegemonismo tebano fue un hecho con el hundimiento de Platea y el eclipse de Tespias; políticamente, conoció una positiva evolución desde comienzos de los setenta hacia un régimen democrático, calcado en gran medida del ateniense; y demográficamente, no se podría hablar aquí de retroceso, como en Esparta, o de estancamiento, como en Atenas, sino más bien de crecimiento, a juzgar por los efectivos humanos puestos en combate. Este conjunto de datos nos lle-

varía a retrasar la crisis de la polis para Tebas al año 362 cuando menos, y aun entonces no sabríamos decir si tal fenómeno se dio con las mismas características e intensidad que en otros lugares.

Pero, puesto que en este solo cuaderno sería imposible hacer un estudio completo región por región, nos centraremos un poco en la evolución interna de tres ciudades cuyo protagonismo durante esta centuria está fuera de toda duda. Son Atenas, Esparta y Tebas. De no haber existido esas tres ciudades, la historia de la polis y de la cultura helénica habría seguido con seguridad otros derroteros.



Relieve funerario procedente de Dipilon
(Comienzo del Siglo IV a. C.)
Museo Nacional de Atenas

II. Historia política

1. Atenas: convulsiones internas

No hay duda de que la Guerra del Peloponeso dejó sumida a la agricultura del Atica, si no en una situación de crisis generalizada, sí desde luego en una coyuntura difícil, que debió de hacer presa en los estratos menos pudientes del campesinado. No hubieron de ser pocos los agricultores obligados a abandonar sus tierras y a emigrar a la ciudad, a prestar su fuerza de trabajo a los más ricos, o a alquilarse como mercenarios para subsistir. Las últimas comedias de Aristófanes, algunos discursos de Lisias y Demóstenes, o el tratado sobre economía de Jenofonte, confirman ese estado de cosas poco halagüeño para más de uno, y cuyo alcance exacto no podríamos cuantificar.

Con todo, parece también no menos cierto que el Atica conservó como sistema de explotación agrícola fundamental la pequeña y mediana propiedad (de 3 a 5 Has.), lo que está en perfecta consonancia con lo que nosotros sabemos por otras fuentes sobre la evolución de las relaciones sociales durante el s. IV: predominancia indiscutida de la antigua clase campesina en el censo ciudadano, con la consiguiente estabilidad social y ausencia de la *stasis* rural, generadora de tiranías y repartos de tierras en



Ménade danzante. Copia de un original de Escopas (Siglo IV a.C.). Dresde, Colección de Antigüedades dei Estado.

muchas otras ciudades del mundo griego contemporáneo. Sobre un total de treinta mil ciudadanos en edad de portar las armas, al menos veinticinco mil eran propietarios en el 403 de algún bien raíz, lo que, si bien no implica en todos los casos actividad agrícola, sí refleja una mayoría abrumadora para la población dedicada al sector primario. Por eso, en la línea del pensamiento antiguo más tradicional, la agricultura continuará siendo para los filósofos de la época, como Platón y Aristóteles, la actividad por excelencia del hombre de bien, la más digna ocupación del ciudadano.

Este conservadurismo de fondo, mental y social, no impidió que el afán de lucro, la búsqueda de la rentabilidad y hasta la práctica de la especulación impusiesen a la producción agraria un ritmo más competitivo y a la propiedad del suelo una mayor movilidad. Era parte de ese espíritu de siglo que veremos reflejado, sobre todo, en el mundo del comercio. Incluso un hombre de corte tan convencional como Jenofonte no dejaría de abordar cuestiones de inversión y finanzas en tratados como el *Económico* o los *Ingresos*. La nueva mentalidad «económica» caló en algunos sectores del cuerpo ciudadano —aunque no sabemos en qué proporción—, induciéndolos a la inversión agraria con fines especulativos y comerciales. Esta tendencia, unida a la constante presión militar y fiscal, no es de extrañar que acabase por acarrear una cierta concentración de la tierra y un

La debilidad presente y el esplendor del pasado

Fijaos, varones atenienses, en lo que sumariamente cabría señalar sobre los hechos realizados en época de los antepasados y lo sucedido en vuestros días. Mi peroración será concisa y os resultará familiar: pues se halla en vuestra mano disfrutar del éxito si seguís, atenienses, no los modelos ajenos, sino los domésticos. Porque aquellos individuos ejemplares, a quienes los oradores ni halagaban ni complacían con los obsequios que recibís vosotros hoy en día, ejercieron la hegemonía entre los griegos —los cuales la aprobaron— durante cuarenta y cinco años; reunieron en la acrópolis contribuciones por una cifra superior a los diez mil talentos; el rey que era dueño del territorio en cuestión (1) les prestaba sumisión, conforme debe rendirla un bárbaro ante los griegos; mientras sirvieron en campaña como soldados levantaron gran número de gloriosos trofeos por combates protagonizados ya en tierra ya en mar, y son las únicas personas cuyas hazañas labraron un prestigio más sólido que la envidia de los malevolentes. Tal parecían, desde luego, a los ojos de Grecia: considerad ahora cómo se comportaron dentro del propio país, tanto en las tareas públicas como en la intimidad personal. Pues bien, por decisión popular nos aparejaron tal clase y variedad de edificios, tal hermosura de templos y de ofrendas depositadas en ellos que no han dejado a la posteridad modo de aventajarlos. En el ámbito privado eran tan sencillos y se mantenían tan extremadamente fieles a los usos de la tradición cívica que si alguno de vosotros sabe por casualidad en qué casa vivía Arístides, o Milciades o los brillantes personajes de entonces, compruebe que nada tiene más imponente que la del vecino: pues la administración del estado no les interesaba para conseguir hacienda, sino que cada uno se gobernaba en el deber de incrementar el bienestar general. El efecto de orientar sus relaciones hacia los griegos con rectitud y probidad, sus deberes hacia los dioses respetuosamente, y sus problemas internos de forma equitativa, fue que obtuvieron, y no sin razón, notable venturanza.

De esta suerte rodaban las cosas en el pasado para aquellos atenienses que aceptaban como dirigentes a quienes mencioné; pero ahora, ¿cómo funciona todo bajo la tutela de nuestros actuales bienhechores? ¿De manera idéntica o muy semejante? Nuestra actitud es...: voy a silenciar cuanto pienso, aunque cabría comentar tendidamente. Muy bien, en el instante en que gozamos de una desaparición de rivales tan clara que salta a la vista y en que los

(1) Alusión a Macedonia.

aumento de los desposeídos hacia finales de la centuria: miseria y chispazos de agitación social parece que siguieron a Queronea (338), mientras que en el 322 fueron diez mil los atenienses faltos de tierra y privados de la ciudadanía que estuvieron dispuestos a aceptar los lotes ofrecidos por Antípatro en Macedonia. Puesto que en su mayoría esos diez mil colonos serían gentes del rural empobrecidas, y dado que no todos los caídos en tal estado se habrían resignado a dejar la patria, es lícito concluir que unas dos quintas partes de la población considerada como propietaria de bienes raíces en el 403 habría desaparecido a finales de siglo para integrar el proletariado rural y urbano. Así pues, aunque con cierta posterioridad a la crisis política y militar, en Queronea (338) y Amorgo (322), la crisis social agraria, tan característica de este siglo, acabó también por alcanzar al Atica a finales del período. Y quizá sean su latencia y gestación a lo largo de la centuria las que expliquen en parte el fracaso de la política fiscal y el incremento del gasto público, sobre todo en la segunda mitad de siglo.

En la agricultura ática la mano de obra esclava tuvo durante toda la época clásica un papel fundamental. El teatro de Aristófanes y Menandro está plagado de alusiones a su participación en las tareas domésticas y agrícolas indistintamente, y sin esta fuerza de trabajo no sería comprensible el normal funcionamiento del *oi-*

lacedemonios se han desvanecido, con los tebanos repletos de tareas, cuando de los griegos no existe ninguno con fuerza suficiente para disputarnos la preeminencia, justo ahora en que podemos fruir nuestros dominios con plena seguridad y zanjar como árbitros imparciales las querellas ajenas, sucede que asistimos al expolio de un territorio patrio y que hemos empleado más de mil quinientos talentos sin ningún menester; a aquellos aliados que nos habíamos atraido durante la guerra los han espantado ésos en cuanto reinó la paz, y qué enemigo tan temible hemos modelado para que atente contra nuestros intereses. Si no, que acuda alguien a decirme de qué otra fuente extrajo Filipo su poderío más que de nosotros mismos. Supongamos, amigos míos, que es que en tales ocasiones fuimos negligentes, pero que la situación interna ha mejorado precisamente ahora. ¿Quién sería capaz de señalar algún ejemplo? ¿Las almenas que se han enjalbegado y las calles que estamos reparando, las fuentes y demás fruslerías? Considerad acto seguido a los responsables de esa política: una parte de ellos ha permutado pobreza por riqueza, otros dejaron la sombra por los honores, unos cuantos han levantado sus casas engalanadas con mayor gravedad que los bastimentos públicos, y mientras la prosperidad del estado ha ido amenguando la suya creció sin perder compás.

¿Qué explicación admiten estos hechos y cuál es la razón de que todo estuviera bien antiguamente y ahora no vaya a satisfacción? Pues porque la población, que poseía audacia para tomar sus propias decisiones y para salir por sí misma en campaña, se erigía en señor absoluto de los políticos y en amo directo del conjunto de las riquezas, y todos sin distinción se mostraban satisfechos al recibir por voluntad del pueblo honores, cargos y cualquier tipo de estimación. Mas hoy, contrariamente, los políticos son dueños de los bienes y toda medida pasa por sus manos; vosotros, el pueblo, extenuados y mermados de hacienda, de aliados, llevais la parte del servidor y del comparsa, os considerais dichosos en cuanto ésos proceden a repartir el dinero de asistencia a las funciones u organizan pompas durante las Boedromías, y (esto resulta ser lo más bizarro) creeis haber contraído una deuda por recibir merced de lo que es únicamente vuestro. Su táctica consiste en encerraros en plena ciudad, atraeros luego hacia sus encantos y domesticaros hasta haber obtenido vuestra docilidad. Según presumo, jamás cabe engendrar un corazón abierto y generoso donde imperen la miseria y la vileza: pues tal cual rezan los principios de la sociedad, el mismo espíritu impregna, forzadamente, los sentimientos.

Demóstenes, III Olintíaco 23-32

kos familiar, como bien testimonia Jenofonte. Sólo en los grandes dominios, no muy frecuentes, y nunca por encima de las 30 Has., el trabajo esclavo estaba sujeto a una cierta especialización: la hacienda de Fenipo, por ej., hacia el 330, cuyo contorno sobrepasaría los 7 km, tenía, entre otros, un total de siete esclavos permanentemente dedicados al acarreo de madera. Y también sabemos que Pericles, como otros propietarios absentistas, confiaba la gestión técnica de su granja a un intendente esclavo.

Lo mismo cabría decir del trabajo industrial ateniense, donde raro era el artesano que no disponía de un pequeño número de esclavos para secundarlo en su labor, y donde existían incluso talleres (*ergasteria*) de una cierta importancia, que estaban movidos exclusivamente por mano de obra servil: Timarco tenía una docena de esclavos en su curtiduría, y Cerdón reunía trece en su zapatería; Demóstenes había heredado de su padre dos talleres, uno de cuchillería y otro de ebanistería, con treinta y tres y veinte operarios respectivamente; el antiguo esclavo Pasión poseía una fábrica de escudos, empleando unos sesenta trabajadores, mientras que la del meteco Lisias y su hermano alcanzaba sin duda la centena. Esta concentración laboral, sin embargo, no comportaba una división del trabajo más acentuada que en la pequeña empresa.

La aplicación de la fuerza de trabajo servil a los dos principales sectores de la vida económica nos enfrenta al problema del número de esclavos en el Atica durante la época clásica. Las cifras que se han barajado han sido muy distintas —desde veinte mil a seiscientos mil—, en función del uso que se ha hecho de las fuentes y, naturalmente, de las propias concepciones del especialista actual. Numerosos historiadores, no obstante, se han inclinado por una cantidad en torno a los cien mil frente a una población libre (ciudadanos y metecos) de unas ciento cincuenta mil personas.

En el mundo del gran comercio, hay un hecho que permanece invariable; aquella ciudad que en el s. v veía afluir a ella «los productos de toda la tierra» (Tucíd. II 38,2), sigue teniendo en el Pireo el principal mercado del Egeo. Esto no fue debido solamente a la hegemonía naval y a la creación de la Segunda Liga Marítima (377), hechos que indudablemente redundaron en beneficio de Atenas, al comportar regímenes preferenciales para determinados productos, atraer capitales, unificar patrones monetarios y al asegurar las rutas de navegación con dirección al Pireo. También repercutió en favor de esta posición privilegiada el enorme avance realizado por los atenienses en el campo del derecho mercantil e internacional privado con la institución hacia el 350 de las *dikai emporikai*, tribunales abiertos a cualquier persona, sin consideración de su nacionalidad, supuesta una demanda de tipo comercial y relacionada con la plaza de Atenas. Es evidente que la igualdad de trato a los traficantes extranjeros que la nueva jurisdicción mercantil ateniense aseguraba, estaba destinada a facilitar y fomentar su venida al Pireo.

Por ser Atenas, como toda polis griega, una ciudad de «consumidores», antes que de «productores» (Hasebroek), sus autoridades consideraban como objetivo político prioritario el garantizar el abastecimiento de materias primas vitales para la supervivencia económica y militar de la comunidad ciudadana. Entre éstas figuraba en primer lugar el cereal, enormemente deficitario en el Atica e importado sobre todo del Ponto, además de Egipto y Sicilia; también la madera para la industria naval de guerra, procedente de Macedonia y Tracia; e incluso esclavos y metales. Al igual que en la pasada centuria, Atenas había cedido a la tentación de



Heracles Epitrapezios. Copia de un original de Lisipo (Siglo IV a.C.). Nápoles, Museo Nacional.

satisfacer esta demanda recurriendo a la compulsión extraeconómica del imperialismo, expediente típico de los estados de la Antigüedad. Pero la guerra de los aliados, primero, y la aparición de Filipo en el Egeo y la Propóntide, después, habían sentenciado este segundo empeño talasocrático, y de ahí la necesidad sentida por Atenas de activar la vida comercial por medio del derecho y no de la coerción político-militar.

La progresiva decadencia militar de Atenas favoreció igualmente la aparición de un pensamiento preocupado por las cuestiones y mecanismos económicos en sí mismos, como ponen de manifiesto la teoría aristotélica del valor y, sobre todo, la actitud «arbitrista» de Jenofonte en sus dos escritos ya citados. Se trata de un fenómeno característico de la segunda mitad de siglo, que discurrió en paralelo a la mencionada aparición de los tribunales internacionales de comercio y al perfeccionamiento de ciertos instrumentos jurídicos y mercantiles, como los nuevos acuerdos de asistencia judicial (*symbola*) y las instituciones de banca y crédito, ahora más desarrolladas. Esto implica de alguna forma que una parte del capi-

tal ciudadano —y ya no sólo meteco y extranjero—, procedente de los sectores agrícola e industrial, conoció una nueva orientación inversora y fue colocado en operaciones crediticias y comerciales. Ese mismo cambio de actitud, si bien minoritario, explica también la reactivación de la explotación minera de Laurión, arruinada con la ocupación de Decelia en la fase final de la Guerra del Peloponeso. La nueva puesta en valor de las minas fue lenta y concentrada en el tiempo (350-338), y en la retracción inicial de la iniciativa privada, concesionaria en este caso del estado, debió de haber jugado un papel decisivo la típica diversión de capitales hacia los gastos «litúrgicos» (coregías, trierarquías, hipotrofia, etc.) y de ostentación social.

Hay que señalar, sin embargo, que esta prometedora vía de la economía ática pudo haber representado un empeño socialmente minoritario, y que, en todo caso, se vio seriamente obstaculizada por la coyuntura bélica internacional. Por otra parte, no la hubo de favorecer tampoco la línea de gobierno conservadora seguida después de Queronea por Licurgo, personaje que persiguió a la plutocracia urbana concesionaria de las minas y cuya política de rearme debió de haber descapitalizado algunos sectores, como el comercio exterior. Pero serían, sobre todo, las conquistas de Alejandro, con la ampliación de los circuitos de cambio y la apertura de los grandes centros mercantiles de la época helenística, los que privaron al Atica y al Pireo de su tradicional protagonismo.

Las nuevas tendencias económicas se hicieron notar principalmente en la composición y reclutamiento de los estratos dirigentes en el s. IV. Las fortunas que las fuentes literarias y epigráficas nos descubren no están ya constituidas exclusivamente por bienes raíces, sino también por capital mobiliario en dinero, créditos, esclavos de alquiler, concesiones mineras o talleres. Estas fuentes de riqueza han tenido por consecuencia la reestratificación social de la capa alta, pues si bien algunas de las fortunas que se nos mencionan pertenecen a las viejas familias del Ática, ya conocidas en el s. V, otras son de reciente creación. Junto a las mencionadas formas de enriquecimiento, habría que referirse asimismo al ejercicio de las magistraturas, en particular al cargo de estratego, y, en general, a la profesión militar. Generales como Conón, Ifícrates, Timoteo y otros, amasaron sólidas fortunas al servicio de su ciudad, en forma de botín, por ej., o al servicio de cualquier soberano extranjero, como simples mercenarios.

Al menos en la práctica, así pues, la riqueza dejó de ser una función dependiente de la tierra, con toda la inercia conservadora que ello implicaba, para convertirse en un valor en sí mismo. La fortuna, valorada ahora en unidades monetarias, y no ya el nacimiento, distinguirá al hombre de bien del pueblo llano y miserable. Por eso, cuando en el 322 Atenas asistió a un cambio de régimen hacia la oligarquía, el único criterio seguido para excluir del cuerpo ciudadano a gran parte de la población fueron los ingresos de la persona, con independencia de su origen y naturaleza.

Las nuevas realidades económicas, la ampliación de los criterios de división social y la reestratificación de la capa alta influyeron sin duda en la política interior de Atenas, y concretamente en la lucha de facciones y sus líderes, pero no alteraron esencialmente el funcionamiento de la constitución democrática.

La *Ecclesía* continuó siendo el órgano soberano del sistema democrático restaurado en el 403. En el s. IV las reuniones de la asamblea popular adquirieron una periodicidad (cuatro por pritanía) de la que carecían inicialmente, y parece ser que sus poderes se vieron en general acrecentados

en detrimento de la *Boulé*. No fue infrecuente que la Asamblea sometiese a su consideración asuntos sin la moción previa del Consejo (*probouleuma*), y en algún decreto de la época se ha suprimido en su encabezamiento toda referencia a dicho órgano, para presentar al *demos* como único responsable de la ley. A su vez, la institucionalización del *misthos ekklesiastikós*, o dieta de asistencia a la Asamblea, contribuyó sin duda a reforzar el carácter popular, urbano y radical de este primer poder de la democracia ateniense, en menoscabo de la representatividad rural. Es evidente que a los campesinos de las circunscripciones un poco alejadas no les compensaba desplazarse a la ciudad para asistir a la Asamblea, con lo que ésta quedaba en manos del pueblo menudo. Los teóricos de la *patrios politeia*, por ello mismo, no cesaron en sus críticas a esta institución, denunciando el rumbo errático de su política, la velocidad e ineficacia de su acción legislativa y el tono apasionado de sus sesiones. Aristófanes, Isocrátes, Jenofonte y Aristóteles, entre otros, no vieron en todo ello sino la más clara degeneración del gobierno popular.

En la realidad, sin embargo, las cosas no debieron de ser ni tan simples ni tan extremas como estos autores, desde una óptica conservadora, nos hacen pensar. Sin negar vicios y abusos de la democracia directa, más acusados ahora que en la anterior centuria, el hecho es que en el campo legislativo, por ej., el trabajo de revisión realizado a lo largo de todo el siglo por el consejo de los nomotetas debió de ir paliando, mal que bien, las deficiencias del sistema, mientras que en la dirección política del estado las grandes figuras, oradores y generales, supieron imponer muchas veces sus criterios frente a la versatilidad de la masa.

Desde Calístrato y Aristofón hasta Demóstenes e Isócrates, pasando por Lisias, Esquines y Andócides, fue éste el gran siglo de la oratoria ática y, con ella, de la profesionalización de la política. Si en el s. V los dirigentes de la democracia ática, como Temístocles, Efialtes, Pericles o Alcibiades, basaban su autoridad e influencia sobre el *demos* en el ejercicio de una magistratura, normalmente la de estratego, en este momento eran simples particulares sin ningún cargo público los que dominaban la escena política ateniense merced a sus dotes de orador y a su ascendiente personal. Por su parte, la figura del estratego, antaño cargada de protagonismo político, vio reducido su papel al de simple jefe militar, al de profesional puro de la guerra, como atestiguan los casos de Ifícrates, Cares, Focion o Timoteo. Su psicología y su comportamiento supusieron en este sentido una cierta metamorfosis, que hizo de ellos, al igual que en alguna otra ciudad, hombres de espada por encima de todo, con una autonomía de hecho frente a las autoridades civiles, una vinculación muy personal a su tropa, y una fácil derivación hacia el mercenariado, caso de caer en desgracia política. La existencia, por un lado, de una «clase política», compuesta por los oradores y sicofantas, y la profesionalización de los mandos del ejército, por otra, atentaban claramente contra el espíritu de la polis, que veía en el ciudadano un compendio de virtudes civiles y militares.

En cuanto a la *Boulé*, a la que veíamos ceder cierta iniciativa legislativa en beneficio de la *Ecclesía*, parece que sufrió también importantes amputaciones en sus prerrogativas judiciales a favor de la *Heliaía*, según nos informa Aristóteles en la *Athenaion Politeia* (XLV), tanto en los casos de pena capital y privación de libertad, como en los de simple multa. Por contra, el Consejo conoció la incorporación de nuevas funciones administrativas, de carácter eminentemente técnico y desarrolladas en su seno por diversas comisiones especializadas. Contra-

riamente a la participación en la Asamblea, lo absorbente y dilatado del cargo de bulenta, la naturaleza apolítica y especializada de su trabajo y, sobre todo, la competencia y responsabilidad aparejadas a la función, debieron de hacer poco apetecible este órgano de gobierno para gran parte del pueblo llano. Por todo ello, y pese a la existencia también de un *misthos bouleutikós*, la composición del Consejo fue probablemente de extracción social acomodada, a base de personas de edad madura —por encima de los treinta años, según la ley—, y más insensibles a la demagogia asamblearia. De ahí la complicidad, más o menos tácita, de la *Boulé* con las revoluciones oligárquicas de fines del s. V, y de ahí también la vigilancia a que se sometió posteriormente a este órgano de gobierno, así como el recorte de competencias a que hemos aludido. Ello no obstante, es obvio que por la índole de sus funciones el Consejo siguió encarnando la continuidad, eficacia ejecutiva y madurez de la democracia ática frente a la inestabilidad y radicalismo de la asamblea primaria de los ciudadanos.

En cuanto al tribunal popular de la *Heliaía*, siguió siendo, con la Asamblea y el Consejo, el otro gran pilar del régimen democrático ateniense. El desarrollo de la soberanía popular, en materia judicial, en efecto, estaba íntimamente unido a la consolidación de la democracia, tanto más cuanto que las competencias de este órgano desbordaban ampliamente el campo de derecho privado y público en sentido estricto para abarcar igualmente todo tipo de causas políticas. El Areópago, primero, y la *Boulé*, después, habían sido las instituciones a costa de las cuales había ido ampliando su jurisdicción la *Heliaía*. En el s. IV cualquier ciudadano mayor de treinta años podía ser sacado a sorteo como miembro de un jurado y percibir por cada sesión judicial el *misthos heliastikós*. Retribución y política —las tareas técnicas quedaban en manos de los magistrados encargados de instruir y presidir el proceso— eran, así pues, las razones que llevaron a los estratos bajos de la ciudadanía a interesarse por el cargo de heliasta y a copar gran parte de los puestos de juez.

Leyendo las fuentes de la época, y en este caso tanto las de matiz conservador (Aristóteles) como las afines al régimen (Lisias, Demóstenes), se obtiene la impresión de que la parcialidad y la corrupción no eran moneda infrecuente en la práctica judicial ateniense, hechos que deben ser atribuidos a la pobreza y a la ideología radical de los heliastas. La independencia del poder judicial era un principio completamente extraño al pensamiento político griego, y en el caso ateniense ello fue así tanto desde el punto de vista formal como material. No podemos olvidar que era la misma persona que se sentaba como juez en los *dikasteria* la que después acudía a la asamblea para expresar su opinión y emitir su voto en los asuntos más controvertidos y delicados; por otra parte, el salario de los heliastas procedía no sólo de las consignaciones judiciales, sino también de las multas y confiscaciones impuestas por ellos mismos. Sin llegar a ser una justicia de clase, el tribunal de la *Heliaía* constituyó sin duda un poderoso instrumento de control y presión políticos en manos del *demos*.

El Areópago, en fin, muy disminuido en sus poderes desde la reforma de Efialtes (462/1), se mantuvo como órgano de prestigio y depositario de una autoridad moral más que real, capaz de actuar en algún trance de agitación política interna como instancia moderadora y arbitral.

De entre los cargos públicos, además de la *estrategía*, que retuvo y potenció su carácter militar, cabría señalar la destacada importancia adquirida, sobre todo en la segunda mi-



Estela funeraria ática
(En torno al 400 a. C.)
Museo Nacional de Atenas

tad de siglo, por las magistraturas financieras: presidencia del *Theorikón*, gestión de los fondos de la caja de guerra (*stratiotika*), tesorería de la administración (*dioikesis*), etc. El abandono progresivo de sus funciones administrativas por los generales dejó la gestión del erario público en otras manos, y con ella una responsabilidad política que ocuparía el lugar central de las preocupaciones atenienses. Este cambio de acento en el ejercicio del poder, así como la ya comentada separación de funciones civiles y militares, nos remiten a un problema consustancial a la crisis de la polis ateniense, y en el que en definitiva se evidencian todas las debilidades y contradicciones de su constitución político-social y económica.

La derrota de Atenas en la Guerra del Peloponeso habría dejado las arcas del estado vacías y privado a la ciudad de su imperio marítimo, una fuente regular de ingresos fiscales y de beneficios comerciales. Esta había sido la base material de la democracia periclea, con toda su estabilidad política y sus brillantes logros culturales. Privada de la *arché* ático-délica y hundida la producción minera de Laurión, Atenas debió de afrontar gravísimos problemas financieros, que no dejarían ya de agravarse con su rearme y reaparición en la escena política internacional a partir de la Guerra de Corinto. La continuación de los conflictos armados a lo largo de toda la centuria, la necesidad de equipar flota tras flota, la renuncia del ciudadano hoplita a prestar servicio militar y el recurso cada vez más normal al mercenariado, iban a abrir un continuo chorro de gastos para el tesoro. Pese a estas necesidades, el gasto público no sólo no se contuvo, sino que no cesó de aumentar desde la institución del *misthos ekklesiastikós* en el 399, y con la continua subida de los restantes sueldos del estado, con el crecimiento del presupuesto para el fondo de espectáculos (*Theorikón*), restablecido en 394, y los demás epígrafes de la política social en pro de los ciudadanos huérfanos, viudas y ancianos. El estado ateniense no supo poner en práctica una política financiera coherente con la que equilibrar sus egresos, y recurrió al primitivo expediente de las contribuciones litúrgicas y de la *eisphora*, impuesto directo sobre el capital que se recaudaba en tiempos de guerra.

La reforma de la *eisphora* fue emprendida por Calístrato de Afidna en el 378: para facilitar la recaudación del impuesto los contribuyentes eran repartidos en cien *symmorías*, cada una de las cuales representaba la misma fracción del capital imponible y agrupaba a un mismo número de ciudadanos. El sistema fue completado en el 362 con la creación de la *proeisphora*: en el seno de cada *symmoría* los tres ciudadanos más ricos debían adelantar la totalidad de la suma debida por su unidad contributiva, quedando a su cargo la recolección posterior del impuesto. Finalmente, la ley de Periandro (357), promulgada al multiplicarse las necesidades militares con la guerra de los aliados, extendió el nuevo sistema a la trierarquía: fueron creadas veinte *symmorías* trierárquicas, que agrupaban a los ciudadanos más pudientes, y cada una de ellas debía hacerse cargo del equipamiento de un determinado número de naves de guerra. La nueva legislación, más exigente, pero también más contestable en su justa aplicación, acabó por suscitar la violenta oposición de los contribuyentes más afectados en la asamblea y los tribunales (procesos de *antidosis*, por ej.), así como la ocultación de fortunas. El esfuerzo bélico del 357-55 y el hundimiento de la Segunda Liga Marítima pusieron de manifiesto las insuficiencias de la política fiscal, y Atenas, con grandes pérdidas en hombres y naves, hubo de hacer frente a una bancarrota que la obligó a suspender momentáneamente los distintos pagos

de la *misthophoría*. Con otros protagonistas, como Eubulo, Demóstenes o Licurgo, y otras tentativas de arreglo, como la institución de una caja de guerra en 349/8, la aplicación permanente de la *eisphora* a partir del 346 o la transferencia final de los fondos del *Theorikón* a la caja militar, el fracaso de la política financiera se repetiría hasta el colapso de la polis en Queronea (338) y Amorgo (322).

En otras condiciones sociales y bajo otros presupuestos políticos, se habría podido dar una solución a los problemas financieros del s. IV favoreciendo toda iniciativa inversora y productiva —en la minería, en la industria y el comercio—, economizando al máximo los esfuerzos bélicos, y atacando al exclusivismo de la polis mediante una reforma fiscal en profundidad, una política generosa de integración de los grupos sociales marginados en la ciudadanía (metecos, aliados, etc.), y mediante un ataque frontal a la mentalidad consumidora y rentista del ciudadano griego. Pero eso significaba acabar con la entraña misma de la polis, y Atenas, fiel a su condición de tal hasta su último aliento, no dio ese paso hacia adelante y fue incapaz de superar los retos planteados por las difíciles circunstancias de este siglo. Demóstenes, desde la tribuna de oradores, no se cansaría de exhortar a sus conciudadanos a la concordia y al patriotismo, atacando al egoísmo de los ricos y al parasitismo social de los pobres: «nosotros —dirá en el 342 ante una nueva amenaza de Filipo— ni queremos aportar dinero al erario público para la guerra, ni salir en campaña militar nosotros mismos, ni somos capaces de abstenernos de los fondos públicos...» (VIII 21). Mientras tanto Diopites se batía en el frente vital del Helesponto al frente de un ejército de mercenarios, obligado, como otros generales atenienses, a obtener subsidios de cualquier manera para sobrevivir. Atenas no sólo no salía hacia adelante, sino que daba un paso hacia atrás: era el divorcio de lo político y lo militar, de lo público y lo privado, de las clases altas y las bajas, de la filosofía y la praxis política... Extravío general de la polis.

2. Esparta: la descomposición de la comunidad de los iguales

En mayor medida aún que Atenas, la ciudad del Eurotas no conoció cambios relevantes en su constitución política que hayan pervivido en las fuentes. Sólo merecería destacarse el nuevo papel desempeñado desde la guerra decélica (414/13-404) hasta el fin de la preponderancia espartana (371) por la navarquía y el cargo de harmosta. La primera era una magistratura anual que confería el mando de las fuerzas navales lacedemonias, y eventualmente de todas las flotas aliadas bajo la hegemonía espartana, a una sola persona, lo que convertía a estos almirantes en una auténtica fuerza política dentro del estado lacedemonio. Como en el caso de los caudillos cartagineses, la lejanía de los escenarios bélicos y la inevitable prolongación de las campañas militares podían convertir a los navarcas en jefes militares de gran independencia en el obrar, lo que era susceptible de originar conflictos con las otras dos instancias del poder ejecutivo, el eforado y la diarquía. Un titular de este cargo capaz y ambicioso era candidato seguro al recelo, la envidia y, finalmente, a la defenestración política; tal había sido el caso de Pausanias a raíz de su actuación al frente de la armada helénica tras la batalla de Micala (479). En ejemplos como éste, y especialmente en el de Lisandro, debía de estar pensando Aristóteles para escribir que esta magistratura llegó a constituir «una segunda realeza» (Pol. II 9,33).

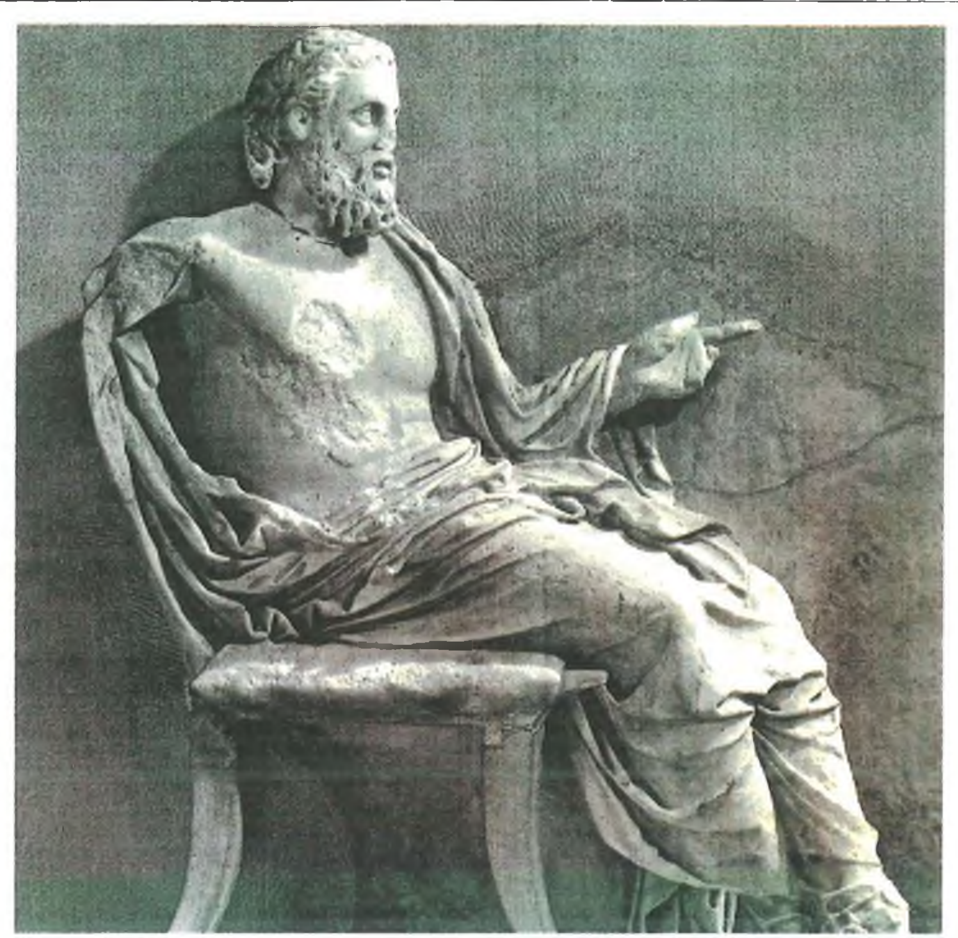
Lisandro, en efecto, había sido navarca en el 408/7, pero de hecho se había mantenido como jefe de la flota peloponesia en los años subsiguientes, hasta cosechar su más resonante triunfo en Egospótamos (405). Sus espléndidas relaciones con Persia gracias a su amistad personal con Ciro El Joven, hermano del Gran Rey, su decisiva intervención en la rendición de Atenas y la instauración de Los Treinta Tiranos, y, sobre todo, su papel de gran arquitecto de la dominación espartana en el Egeo, eligiendo decarquías y harmostas, hicieron de su persona el hombre más poderoso del momento, «el monarca no coronado de la Hélade», en expresión de Eduard Meyer. Tal debió de ser su aureola que este personaje se vio convertido en el primer griego a quien se le tributó culto ya en vida: el gobierno oligárquico de Samos levantó un altar a su persona, instituyó una fiesta en su nombre y envió una estatua suya a Olimpia.

Estatua de Higieya, del templo de Asclepio en Epidauro (Hacia el 380 a.C.). Museo Nacional de Atenas.



Una posición tan encumbrada, pero también una concepción tan abiertamente imperialista de la política exterior espartana, no tardaron en suscitar la reacción de la facción contraria, encabezada por el rey Pausanias (408-395/4), toda vez que Agis II (427/6-400), el Euripóntida rival del Agíada, estaba a bien con el ex-navarca. Con su intervención militar en el Atica y su papel arbitral en la reconciliación ciudadana (403), Pausanias frustró los planes de Lisandro de restablecer al gobierno títere de Los Treinta y propició un cambio de formas en la política egea, que se tradujo, al igual que en Atenas, en la retirada de las decarquías y en un mayor margen a la autonomía local (P. Funke). En realidad, no había ninguna novedad en la actuación de este rey: ya antes Hetoemáridas, al comienzo de la Pentecontecia, y más significativamente, su padre Plistoanacte (en 446 y en 421), entre otros, habían venido abogando por una aplicación conservadora del imperialismo espartano, por una política de coexistencia con Atenas y de repliegue peloponesio.

Pero la pugna entre las dos facciones se resolvería en favor de los «halcones». Poco más tarde, en el 400, Lisandro hacía prevalecer su criterio en un asunto de trascendental importancia para el futuro de Esparta: a la muerte de Agis se impuso la candidatura de su hermano, Agesilao II (400-361/0), y no la de su hijo Leotíquidas, quizá más proclive a la línea de Pau-



Relieve con representación de Asclepio,
procedente del templo de Epidauro.
(Hacia el 380 a.C.).
Museo Nacional de Atenas.

sanias. Tras la muerte de Lisandro ante Haliarto (395) y el subsiguiente exilio de Pausanias, condenado a muerte por negligencia en esa campaña, Agesilao pasó a ser sin discusión «el hombre más poderoso de su ciudad», en palabras de su ferviente admiradór Jenofonte (Ages. VII 2), y su figura quedaría consustancialmente ligada al destino de su patria hasta su muerte al final de los sesenta. En política exterior fue el heredero de Lisandro, si bien como representante de otra generación y otra época, no se le conoció una especial hostilidad a los atenienses, sino a Tebas, su constante obsesión probablemente ya a partir del 394.

Junto a la navarquía, esa política imperialista en Grecia y el Egeo tuvo su más firme puntual en el sistema de harmostas. Originariamente, éstos eran simples funcionarios espartanos al frente de una guarnición en puntos clave del territorio perieco con el nombramiento de los éforos. Durante la Guerra del Peloponeso, y sobre todo en su fase decélica (414/13-404), los harmostas se emplearon allende Lacedemonia como auténticos gober-

nadores militares colocados en las ciudades bajo la férula de Esparta y aplicados a una estrecha colaboración con los gobernantes locales impuestos, las decarquías. Se conoce un total de treinta y ocho personas que ejercieron de harmostas hasta el colapso final del sistema hegemónico espartano en los años setenta. Muchos de ellos se vieron confirmados en el cargo en años sucesivos, aunque cambiando normalmente de destino, e incluso teniendo bajo su jurisdicción a regiones enteras, como Alcamenes (Eubea y Lesbos, 413/12), Tibrón (Jonia, 400/399), Dercílidas (Jonia, 399-7), Estenelao (Bósforo, 405), Eteónico (Tracia, 405), Cinisco (Quersoneso Tracio, 400), etc.

Objetivo prioritario de estos funcionarios bajo control eforal era sostener a las oligarquías cerradas del país en cuestión, y atajar por las armas cualquier conato de restauración democrática por el pueblo, para lo cual tenían a sus órdenes a una tropa mixta, normalmente compuesta de exhilotas, periecos y/o mercenarios. La recaudación de tributos era otro de sus cometidos importantes, si se quería mantener todo el nuevo despliegue militar en el exterior. Como casos célebres de colaboración entre lacedemonios y aristócratas locales podríamos citar los de Calibio en Atenas con el gobierno de Los Treinta Tiranos (404-3), Lisandro en Bizancio (396), o Fébidas en Tebas, con la autarquía de Leontíadas (382).

Los problemas que le sobrevinieron a Esparta como consecuencia de la actuación de los harmostas en el exterior fueron graves y repetidos. Se planteaba, por una parte, la difícil tarea de controlar su gestión, huidiza y casi siempre prepotente, lo que dañaba la imagen de esta ciudad en el exterior. Ya Tibrón hubo de ser procesado y desterrado a resultas de las acusaciones de los aliados griegos de Asia Menor, que veían saquear sus bienes y haciendas por las tropas peloponesas con el consentimiento de su jefe (399). Los casos célebres de Fébidas (382) y Esfodrias (378), actuando por su cuenta y violando los tratados de paz con Tebas y, Atenas, son suficientemente conocidos para ser otra vez comentados. Y, por otra parte, esos hombres, acostumbrados a una rígida y primitiva educación en su patria, sucumbían fácilmente a los atractivos de la vida exterior, hasta el punto de que la venalidad y codicia de los funcionarios lacedemonios se hicieron proverbiales en toda Grecia. Procesos como los que bajo esos cargos les fueron incoados a Tórax y Gilipo pueden sacarse aquí a colocación *exempli causa*.

Pero no fueron los efectos deletéreos del imperio allende el Peloponeso —las nuevas riquezas habrían corrompido la pureza de las costumbres primitivas de Licurgo, según una opinión contemporánea que después aplicará Salustio a la crisis de la República romana—, como tampoco constituyeron las tensiones propias de la lucha faccional interna las causas que llevaron a la decadencia de esta polis por dos siglos hegemónica. Ni siquiera puede atribuirse a las pérdidas humanas de Leuctra y a la subsiguiente liberación de Mesenia el hundimiento de Esparta. Estos hechos fueron únicamente el golpe de gracia sobre un cuerpo social ya gravemente enfermo. También el sistema de dominación espartano había conseguido controlar, mal que bien, la contradicción social dominante —quizá la más aguda y polarizada de la antigua Grecia—, la existente entre los siervos del estado (hilotas y mesenios) y los ciudadanos de pleno derecho o espartiatas (los *homoioi*).

Era en concreto la comunidad de los Iguales la que arrastraba una crisis demográfica ya perceptible durante la Guerra del Peloponeso con ocasión del episodio de Pilos y Esfacteria (425). Según los cálculos más ponderados, y con todas las reservas que las

estadísticas antiguas nos merezcan, en tiempos de la segunda guerra médica el total de espartiatas adultos podría ascender a uno ocho mil (cinco mil combatientes en Platea), para situarse en no más de cuatro mil al estallar la Guerra del Peloponeso (unos dos mil quinientos reclutados el 418 en Mantinea), hasta quedar solamente en mil doscientos ciudadanos en el 371 (novecientos combatientes, y setecientos movilizados en Leuctra). Como se ha señalado, dado que una comunidad en condiciones normales se recupera rápidamente de terremotos como el del 465, epidemias y guerras, y puesto que la pérdida de Mesenia se produjo con posterioridad al 371, las razones de esta reducción tan portentosa en el censo ciudadano han de buscarse en las peculiaridades estructurales de la constitución socio-económica de Esparta.

En primer lugar, el lote inalienable de tierra cedido por el estado al espartiata en usufructo (*kleros*), y que en un principio le permitía aportar su cuota en especie al rancho obligatorio (*syssition*), debió de hacerse insuficiente con el paso de la época arcaica y el enrarecimiento, aun aquí inevitable, de la vida. Es posible que a comienzos del s. IV este fundo resultase ya casi irrelevante para mantener el status de guerrero y que junto a él hubiesen surgido otras fuentes de ingresos complementarias, básicamente en forma de propiedad privada de la tierra. Incuestionablemente, este proceso debió verse acelerado por la dinámica de la política exterior y su corolario natural de venalidad, afán de lucro, circulación de moneda y creación de importantes fortunas. Inversión en el suelo patrio, consiguiente concentración de la tierra —favorecida además por el derecho de herencia—, y, sobre todo, desigualdades notorias en el seno de la capa dirigente de los *homoioi*, fueron el resultado final del que Aristóteles es testimonio bien elocuente (vid. texto).

La subversión de las condiciones económicas tradicionales explica, por ej., la aparición de bolsas de riqueza entre el estrato artesanal y comerciante de los periecos, cada vez más integrados a las tareas de defensa e incluso de administración, a tal punto que algunos de ellos merecían a juicio de Jenofonte el distinguido apelativo de *kaloi kagathoi* (Hell. V 3,9). Al mismo tiempo, debió de hacer más acusada la segregación de ese círculo preexistente de «familias privilegiadas» (Chrimes), que controlaban los asuntos de la *gerousía*, incluso ejercían cierto patronazgo sobre otros sectores, y que sin duda fueron las nutridoras de esa sorprendente, por extensa, lista de olimpiónicos espartanos entre 548 y 368 en la prueba aristocrática por excelencia, la carrera de carros. Se trata, además, de un hecho sin parangón en otras poleis griegas y, significativamente, en abierto contraste con los triunfos de sus predecesores entre el 720-552, obtenidos en las modalidades de atletismo (Moretti).

En este contexto de empobrecimiento y degradación social progresivos de ciertos sectores de la población ciudadana encuentra su razón de ser la conspiración de Cinadón, acaecida el año 399 y atajada a tiempo por los éforos. El movimiento debía hacerse eco concretamente de las reivindicaciones igualitaristas de los *hypomeiones* («los inferiores» o espartanos libres desposeídos de los derechos políticos por insolvencia económica), aunque quizá también de otros grupos semiemancipados como los *neodamodeis* y los *mothakes*. El peligro que entrañaba esta revuelta se pone de relieve por el hecho de que los conjurados no renunciaban a unir a su causa a periecos e hilotas. Conatos de este tipo se repetirían en el 370/69, según nos informa Plutarco (Ages. XXXII 6-11), aprovechando la difícil situación creada por la invasión tebana de Laconia, si bien parece que en tales

ocasiones la agitación procedía del propio cuerpo ciudadano.

Un segundo factor en la descomposición de la capa dominante fue sin duda la falta de movilidad social y el carácter de casta cerrada de los *homoioi*, lo que hizo imposible toda regeneración interna. Expedientes como el de incorporar a los periecos a la milicia o a las funciones secundarias de la administración, o el de asociar a bastardos e hijos de hilotas como compañeros de los jóvenes espartanos en la *agogé* (los *mothakes*), no resolvían el problema de fondo y sólo en muy contados casos se traducían en ascenso al círculo superior.

Por último, es evidente que el descenso en la tasa de natalidad de los Iguales contribuyó a su extinción. Las razones de esta tendencia hay que buscarlas simplemente en la ya comentada insuficiencia del *kleros* para subvenir a las crecientes necesidades materiales del guerrero y en la imposibilidad para una pareja prolífica de mantener el nivel de vida apetecido. Solución típica de una aristocracia cerrada o de una comunidad muy acomodada, los espartiatas cesaron poco a poco de reproducirse. La legislación del s. IV intentaría en vano remediar el mal incentivando los nacimientos: el padre de tres hijos quedaba exento de salir en campaña, y el de cuatro veíase libre de contribuciones.

Tenida cuenta de todo ello, no sería tan inexacto afirmar que la batalla de



Esquipo beocio. Representa una escena mistérica relacionada con el culto a Cabiros (Fines del siglo V-comienzos del siglo IV). Museo Nacional de Atenas.



Nike del templo de Asclepio en Epidauro
(Hacia el 380 a. C.)
Museo Nacional de Atenas

Leuctra, sobre el triunfo de Epaminondas y su famosa formación oblicua, fue también el fracaso de todo un sistema social que, mermado de fuerzas, sólo consiguió colocar a setecientos espartiatas contra los cinco mil o seis mil guerreros que la sola Tebas habría alineado en el campo de combate. Por esa misma oligantropía —y no ya por una simple derrota— se hicieron también irreversibles la independencia de Mesenia, con todo su capital agrícola y humano, y el hundimiento de Esparta a potencia de segunda fila a partir del 371. Nada mejor para calibrar el tono de los nuevos tiempos que el curso futuro de su política exterior: el antaño todopoderoso rey Agesilao combatiría en Asia Menor en el 365 y cuatro años después al servicio de un rey bárbaro, como si de un «condotiero helenístico» se tratase (Beloch). También acuciado por las dificultades financieras de la patria, su hijo y sucesor, Arquídamo III, se pondría al frente de otro ejército de mercenarios, en Creta primero y en el sur de Italia, al servicio de Tarento, después. Aislada y dominada por un vano orgullo en su decadencia, Esparta vería caer a su rey Arquídamo luchando contra unas oscuras tribus de lucanios y mesapios precisamente en el momento en que los otros griegos perdían la autonomía en Queronea (338).

3. Tebas: el triunfo del federalismo

Tebas fue sin duda la tercera gran actora de la vida internacional en el s. IV, la ciudad que terminó con el mito de la invencibilidad espartana, y cuya hegemonía cubrió el último capítulo de la historia política de las ciudades griegas antes de la aparición en escena de Filipo de Macedonia. En el año 375/4 esta polis había conseguido reconstruir la Confederación Beocia bajo su liderazgo, la que sería instrumento de sus victorias a lo largo de los sesenta, y unir así a un país que por etnia, dialecto, cultos y, en definitiva, historia, se sentía heredero de un mismo pasado. La propaganda tebana supo enarbolar la bandera del patriotismo y de la independencia beocia frente al yugo extranjero, lacedemonio, ganándose a las poleis menores como Lebadea, Coronea, Haliarto, Queronea, Sifas, etc., y venciendo la obstinada oposición de sus tres grandes rivales: Orcómeno, Tespias y Platea, oligárquicas y prolaconias. El ideal democrático de gobierno, en efecto, fue el otro elemento de identidad frente a Esparta, e inspiró la constitución del tercer *koinón* en la historia del país.

Carecemos prácticamente de información sobre el reparto e integración de las ciudades beocias en el nuevo estado federal. Sólo nos consta que de los once distritos de la anterior Confederación, la disuelta en 387 por la Paz del Rey, los cuatro correspondientes a Orcómeno y Tespias fueron suprimidos en castigo por su actitud rebelde, mientras que los dos de Platea, tras su destrucción, fueron absorbidos por Tebas, con lo que ésta acaparaba la mayoría: cuatro unidades administrativas (dos propias más las dos de Platea) sobre un total reducido ahora a siete, e idéndica representación en el colegio de los beotarcas —pues cada distrito elegía a uno de estos magistrados.

A la cabeza del estado federal beocio figuraba un arconte epónimo, cargo representativo y honorífico, cuyo titular daba nombre al año, tenía ciertas atribuciones sacerdotales en los cultos comunes y simbolizaba, en definitiva, la unidad política del país. Era en cierta medida una imitación de su homónimo ateniense.

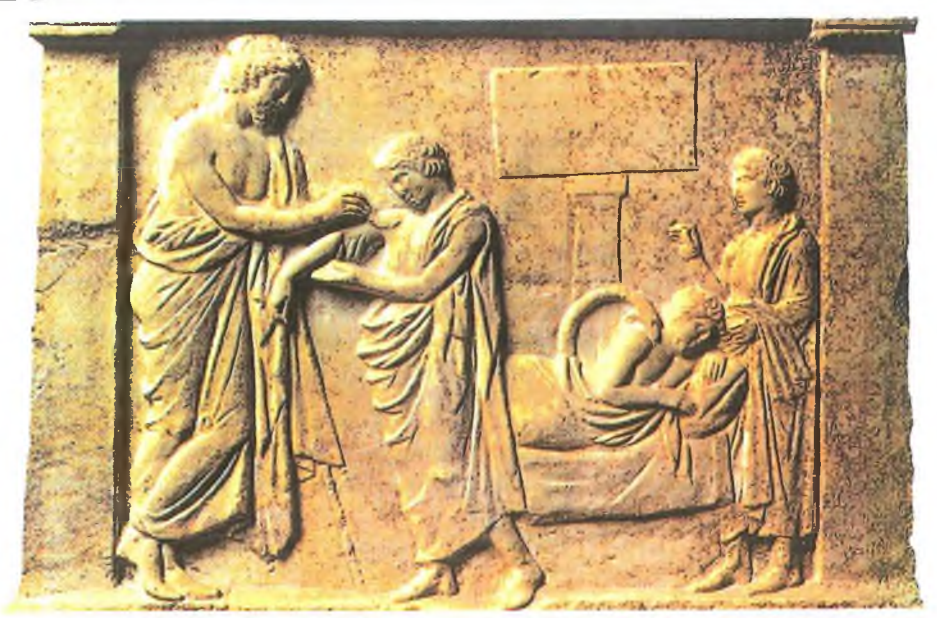
El colegio de los siete beotarcas constituía sin duda alguna el principal órgano de la Confederación, y a él se vinculan los grandes nombres de la política tebana del momento: Epa-

minondas, Pelópidas, Górgidas, Carón, Melón, Damóclidas, etc. Antiguos miembros de la facción de Ismenias los unos, simples patriotas y enemigos de Esparta los otros, camaradas y amigos (*philoi*), todos ellos desempeñarían un papel clave en la trama que culminó con la liberación de la Cadmea y la instauración de un gobierno democrático en Tebas a finales del 379. Espléndidos militares y estrategas, aunque también guerreros ebrios de gloria, fueron ellos los que pusieron a punto al ejército tebano-beocio en los duros combates de los años setenta, y los que vieron unidas sus vidas en la hora dramática de Leuctra.

La beotarquía estaba formada por representantes de los siete distritos federales: en consonancia con su posición rectora, Tebas tenía asignados cuatro beotarcas por sus cuatro distritos. Constituían ante todo la magistratura ejecutiva federal, pues a ellos se confiaba el mando del ejército beocio y la planificación de las operaciones militares, que acordaban por votación y de las que luego respondían colegiadamente. En este terreno, la fuerte personalidad de Epaminondas y Górgidas consiguió imponerse por lo general sobre el resto de sus colegas, como demuestran la batalla de Leuctra y las diversas campañas peloponesias y tesalias. Su condición de jefes del ejército confería a los beotarcas un enorme protagonismo en el juego diplomático y en la formulación de la política exterior beocia, de la que los dos citados caudillos fueron principales artífices. Sin autorización previa de la asamblea federal, por ej., Epaminondas dictó los términos de la alianza con Sición y Pelene en 369 y con el *Koinón* aqueo en 366; ya antes, en su primera campaña peloponesia (370/69), había emprendido por su cuenta y riesgo la invasión de Laconia y operado la independencia del estado mesenio. Otro tanto cabría decir de Pelópidas en Tesalia y Macedonia, país en donde concluyó una alianza con el regente Tolomeo (368). Esta libertad de acción resultaba inevitable, después de todo, y la asamblea federal hubo de ratificar la victoriosa política de hechos consumados presentada por ambos hombres. Al término de sus magistraturas debían deponer el cargo, so pena de muerte caso de retenerlo, y someterse a la rendición de cuentas (*euthynai*), conforme a un procedimiento eminentemente democrático, vigente en Atenas, y que también se atestigua en la Confederación Arcadia. De este instrumento legal se valdría Meneclidas, enemigo personal de Epaminondas y Pelópidas, para incoar proceso contra ambos y sus colegas en la primavera del 369.

Este activísimo papel en el exterior se reforzaba además por el hecho de que la constitución beocia, a imitación también de la ateniense, entregaba al generalato la función probuléutica cara a la asamblea federal. Al colegio de los siete beotarcas, en efecto, correspondía la iniciativa en el terreno legislativo, judicial y diplomático, si bien no completamente, los temas a posterior debate en el órgano primario.

La diferencia más significativa entre la nueva Confederación y la última disuelta por la Paz del Rey (386) consistía en el carácter primario y no representativo de la asamblea federal, integrada ahora por todos los ciudadanos del estado beocio. La democracia, así pues, fue la forma de gobierno que se trasplantó de la ciudad de Tebas a la constitución federal, sin que tengamos noticia de restricción censitaria alguna. Por su condición de capital y sede de la asamblea beocia, por la fácil asistencia de su nutrida población y en definitiva por el papel jugado en la reconstrucción del *Koinón*, Tebas fue sin duda la ciudad que llevó la voz cantante en la política federal. Como órgano plenario y soberano que era, la asamblea tenía la última palabra en cualquier acción



Relieve funerario de Oropo
(Hacia el 400 a. C.)
Museo Nacional de Atenas

legislativa, judicial y diplomática de interés federal, si bien delegaba la mayor parte de las causas políticas, que eran básicamente de su competencia, a los tribunales constituidos al efecto. Estos jurados populares eran sacados probablemente a sorteo entre el conjunto del cuerpo ciudadano beocio y estaban compuestos por varios cientos de personas. Ante ellos defendieron con éxito sus casos Epaminondas, Pelópidas y los restantes beotarcas que en el 370/69 retuvieron ilegalmente sus cargos con el objeto de atacar a Esparta, y también ante estos jurados se veían los recursos de inconstitucionalidad (*graphé paranomon*). Ni qué decir tiene que en todo ello el gobierno federal beocio se inspiraba en la práctica constitucional ateniense, a cuyo conocimiento habían tenido directo acceso los hombres de la facción de Ismenias durante su exilio de 382 a finales del 379.

Tras la muerte en combate de Pelópidas y Epaminondas, la Confederación Beocia se vio privada de sus dos más importantes animadores y perdió el aliento inicial que le había dado vida en el exterior. A pesar de que pervivió como poder de primera fila hasta la batalla de Queronea, a resultas de la cual sería disuelta por Filipo de Macedonia, ya no pudo conservar la hegemonía que había disfrutado por espacio de una década. El porqué de la fugacidad de la preponderancia tebana sigue siendo en gran medida un enigma a resolver, toda vez que la desaparición de ciertas individualidades no puede explicarlo todo. En este caso, cualquier intento de referir el problema de fondo a las condiciones internas tropieza con nuestro radical desconocimiento sobre la constitución social y el poderío demográfico y económico beocios. Sea como fuere, la crisis que veíamos hacer presa de Atenas y Esparta debió de ser también aquí un hecho a partir del 362, quizá en forma de división faccional interna y con la consiguiente relajación de los vínculos federales.

III. El debate político

El gran tema del pensamiento filosófico y político del siglo IV lo conforma, sin duda, la reflexión sobre la polis, reflexión que comprende no sólo los elementos conocidos de esta realidad social tal como se manifestaron en épocas anteriores, sino también la elaboración de modelos teóricos. La vida política de los diferentes estados griegos descansaba en una serie de principios básicos encarnados en las normas heredadas de la tradición, en la constitución patria, en la forma de acceso a las magistraturas y de estratificación social, etc...; como tales principios constituían el mecanismo regulador del poder en cada comunidad, en torno a ellos giró constantemente, durante este siglo, el debate político. Precisamente porque el sistema comenzaba a fallar fue por lo que interesó proceder a su análisis, descubrir en dónde radicaban los errores, señalar por qué se producían alteraciones. De este modo proliferaron los escritos de naturaleza filosófico-política, gracias a los cuales vislumbramos las dificultades que angustiaron a los griegos de aquella época.

La crisis social y las luchas entre los diferentes grupos estimulaban la búsqueda de nuevas soluciones. Para unos el remedio tendría que venir del pasado, de los ejemplos que podían hallarse en la época clásica; para otros,



Estatua colosal de Mausolo, atribuida a Briaxis (Mediados del siglo IV a.C.).

por el contrario, de la crisis debían nacer resultados originales, capaces de ofrecer un marco político aceptable por la mayoría. En esta última línea cabe incluir a una particular corriente del pensamiento griego, en la que militaron Isócrates y Jenofonte, partidaria de encontrar la autoridad absoluta de una sola persona para conducir los destinos colectivos; esta idea abonará el camino primero a las ambiciones de Filipo, luego a los planes de Alejandro y, por último, a la consolidación de las monarquías helenísticas.

En Atenas, los defensores de la tradición buscaron sus modelos en Solón y Clístenes, en los enunciados de la llamada *patrios politeia* o constitución de los antepasados, concepto que se acuñó en las postrimerías del siglo V para aludir a las normas políticas vigentes heredadas de sucesivas etapas reformistas y que ahora, en el siglo IV, cobrará cada vez mayor empuje. Muchas de las leyes de Dracón, de Solón y de Clístenes se hallaban todavía en uso y se pretendía que algunas otras, arrumbadas por el paso del tiempo, pudieran ser también de aplicación en estos momentos, siempre que se procediera a la modernización de tales normas puesto que la realidad social era muy otra.

El principal modelo de los tradicionalistas fue, desde luego, Solón, en especial por el recuerdo que se mantenía, a través de la lectura de sus versos, de su labor pacificadora y de conciliación cuando en los albores del siglo VI tuvo que hacer frente a problemas públicos muy similares a los que entonces latían. Solón había llegado a establecer un equilibrio entre el *demos* y los poderosos sin recurrir a medidas demasiado radicales, y eso mismo perseguían ciertos teóricos del siglo IV. El pueblo debía, según Solón, tener su parte de responsabilidad política por medio de las asambleas y de los tribunales, dejando las magistraturas para los más ricos y hacendados; en esa democracia moderada ponían su esperanza quienes añoraban el regreso del régimen político de antaño. De ahí que la figura del antiguo legislador ateniense no gozara, entre algunos pensadores progresistas, de ninguna simpatía, porque estimaban que en sus doctrinas contemporizadoras se escondían los defectos más notables de la vieja democracia y el origen de los males que deseaban eludir.

1. Los pensadores griegos y la cuestión social

Como ya hemos visto, la principal fuente de conflictos que atenazaba a los gobernantes griegos brotaba de la injusticia social, de las enormes desigualdades existentes entre ricos y pobres. Las soluciones propuestas por quienes abordaron en sus escritos esta faceta hiriente de la crisis apuntan en diversas direcciones. La tendencia conservadora trató de resolver la situación social propugnando el restablecimiento de un sistema moderado, enmarcado dentro de estrictos límites; la barrera estaría fijada, para los distintos grupos, por la propiedad y la fortuna. En los estados democráticos el protagonista sería el ciudadano libre, con pequeños o medianos recursos, que no pudiera nunca empobrecerse o enriquecerse demasiado, dirigido desde las magistraturas por los oradores y estrategos más instruidos; ello permitiría desarrollar una vida sin sobresaltos y facilitaría el incremento general de la riqueza.

Respecto a la realidad agraria, los amantes de la tradición nunca defendieron los repartos igualitarios de tierras, sino que se limitaron a abogar por la entrega de los excedentes del estado a los ciudadanos para que toda persona pueda comprar un pedazo de terreno o montar un negocio. Esta idea es perfectamente conciliable con una de las formas de entender la po-

lis, a saber, como una comunidad de hombres libres dueños de los ingresos de la misma; en la práctica los repartos de excedentes del tipo del *theorikon*, destinado, como ya se dijo, a costear la entrada a teatros y espectáculos en general, eran un expediente conocido desde el siglo V. Lo que ahora se pretende es que tales distribuciones sean más frecuentes y abarquen fines más urgentes para los ciudadanos.

Sin embargo no era tarea fácil aplicar esta clase de reformas, pues en aquellas ciudades en donde gobernaban los ricos existía una firme oposición a repartir cualquier dinero público, pero también en democracias como Atenas, controladas en teoría por los pobres, las asambleas preferían acumular los ingresos seguros para atender pequeñas necesidades antes que promover con ellos expectativas de riqueza; en todo caso el siglo IV careció de una infraestructura política adecuada para llevar a cabo estas medidas. A la postre, la situación suele desembocar en un proceso ya experimentado en anteriores siglos por los griegos: el apoyo del estado será el propietario agrícola, conservador por naturaleza, y la solución más simple para restaurar el orden social consistirá en excluir de la vida pública al no propietario, al asalariado, considerado como un peligro para la estabilidad ciudadana.

Así, mientras que los dueños de bienes raíces acaban siendo de hecho las únicas personas con recursos para dedicarse a ejercer un cargo público, los no poseedores, los pobres, se convierten en una agrupación de ciudadanos pasivos, incapaces de alcanzar una parte de los derechos cívicos; e incluso en los sistemas democráticos la fuerza decisoria de las asambleas populares es abandonada por los ciudadanos a la huidiza retórica de oradores y políticos fijos, cargada de promesas y esperanzas casi nunca cumplidas.

Tampoco resulta extraño que, para esquivar esas dificultades de gobierno, hubiera algunas mentes encaminadas a la búsqueda de un árbitro superior, de una autoridad indiscutida que ejerciera el papel de solícito monarca para proteger a toda la población. En las personas de Jenofonte e Isócrates se encarnan los dos mayores publicistas de la idea monárquica, a la que saludan como el mejor sistema político para solucionar las luchas de su tiempo. El poder concentrado en una sola persona: en ello residió el secreto de la grandeza ateniense, y no cabe ocultar la admiración y añoranza que en ambos despierta el extraordinario carácter de Pericles; pero medio siglo más tarde la escena política ya no produce personajes de su talla. La tiranía no resulta una forma de gobierno recomendable, y en estas fechas el ejemplo de los tiranos de Siracusa sigue poniendo de manifiesto que el tirano prospera, despreciando el interés colectivo, por medio de la fuerza y de la arbitrariedad. Sólo la realeza hereditaria o electiva, tal como se conservaba en algunos estados griegos o semigriegos, ofrece a nuestros pensadores la impresión de que su valía reside en la razón y el respeto a las leyes, y sus frutos se reconocen en la felicidad del pueblo sobre el que reina. La causa futura de Filipo de Macedonia encontró de este modo el terreno preparado, desde mediados del siglo IV, en numerosas ciudades de la Hélade.

Frente a las posibles soluciones presentadas por los moderados, que miran al pasado, hubo otras corrientes de pensamiento que poseyeron mayor visión de futuro; al menos orientaron sus reflexiones a la búsqueda de medios capaces de resolver los problemas del presente. Muy en relación con las ideas del panhelenismo se encuentra un viejo remedio, que ya fue empleado con éxito en los siglos del arcaismo griego: la emigración de colonias para asentarse en



Mujer con abanico. Terracota de Tanagra (Siglo IV a.C.). Marsella, Museo Borély.

nuevos territorios. El sistema de hegemonía de Atenas y de Esparta sobre los demás estados griegos se había revelado inviable, y cualquier otro intento de ganar espacio a costa de los aliados o de los enemigos levantaba una reacción automática; no en vano Atenas tuvo que comprometerse, al establecer la segunda confederación marítima en el 377, a renunciar a todos los bienes raíces que pudiera adquirir en territorio de los miembros de la alianza. El mundo griego es ahora más pequeño y todo nuevo plan político que pretendiera una expansión territorial debía ejecutarse bien por medio de la colonización pacífica, bien valiéndose de acciones militares o políticas sobre los países y reinos bárbaros de la periferia griega.

La necesidad de dar salida a ese excedente de población conflictiva y desarraigada fue el motivo inmediato para la formulación de estas nuevas propuestas de colonización, defendidas también, entre otros, por Jenofonte e Isócrates; sin embargo, estos pensadores introducen ciertas innovaciones que distinguen claramente sus proyectos de los antiguos modos de colonización. Como las viejas ciudades fundadas por los griegos en el continente asiático habían agotado ya su potencial, tras más de un siglo de sujeción a los persas, Isócrates y Jenofonte designan como área idónea de expansión el Asia Menor y la costa meridional del Mar Negro; además Isócrates propugna que la colonización constituya una empresa helénica, de todos los griegos y no de una sola polis, como había sido norma en el pasado.

Este hipotético anuncio crearía, según el pensamiento isocrático, una fuerte cohesión entre las distintas ciudades helénicas ante el reto del objetivo común. La coincidencia de intereses se supone un punto de partida necesario para alcanzar el éxito, pero la empresa parecía, a medida que transcurría el tiempo y los hechos así lo demostraban, tarea de una sola cabeza rectora. Por este camino era fácil para Isócrates enlazar con su teoría sobre la monarquía unitaria de la Hélade como solución a los problemas políticos griegos, y esta monarquía tendría que procurar por encima de todo la igualdad entre las distintas ciudades y el olvido de las hegemonías, largo tiempo mantenidas por Atenas y Esparta. Los ideales del orador ateniense, buen hombre práctico y excelente analista de su tiempo, se verían confirmados por el éxito, como es notorio, en las personas de Filipo y Alejandro, con quienes se inició un nuevo mundo para los maltrechos estados de Grecia.

2. Las propuestas utópicas. Platón

Nos queda por examinar con algo más de detalle lo que hemos denominado soluciones utópicas frente a la crisis económico-social. Los textos



Crátera ática de figuras rojas
(Hacia el 330 a.C.).

fundamentales para el conocimiento de estos proyectos ideales son la *República* de Platón así como su tratado dedicado a las *Leyes*, obra de madurez del filósofo; muchas de las ideas allí expuestas figuran luego recogidas en la *Política* de Aristóteles, libro que, aunque compuesto en el declinar de la época clásica, arroja poderosa luz sobre estas doctrinas porque no sólo realiza la crítica de las distintas formas constitucionales presentadas por Platón, sino que polemiza en torno a los proyectos teóricos de gobierno sugeridos por sus antecesores y apunta las posibilidades de remediar sus inconvenientes.

¿Qué procedimientos podrían aplicarse para evitar la división radical de la sociedad en ricos y pobres, en ciudadanos y gentes exentas de derechos civiles? Para contestar a esta pregunta surgió toda la utopía de la *República* platónica, que alcanzó bastante difusión entre la población griega del siglo IV. En su construcción ideal del estado Platón, siguiendo teorías y realidades históricas que hundían sus raíces en tiempos antiguos, propuso la división de la sociedad en tres grupos: los gobernantes, los guardianes o guerreros y los trabajadores (campesinos y artesanos), y señaló que la tierra debería repartirse igualitariamente entre los campesinos, que alimentarían a los miembros de las otras dos clases. Pero no bastaba con suprimir las viejas formas de propiedad sobre la tierra, sino que en coherencia además con el principio de que el afán de lucro resulta socialmente pernicioso llega a proclamar la extinción de la propiedad privada. Todo debe ser colectivo, hasta la familia y la educación de los jóvenes varones —pues las hembras no cuentan más que a efectos de la reproducción—, idea que delata sin duda influencias del ejemplo espartano.

El objetivo final de los habitantes de ese estado teórico es su felicidad, entendida resueltamente en una empresa global, es decir, como el logro de la felicidad y la distensión de todos y cada uno de los participantes en la ciudad. Se trata de un objetivo ambicioso y que precisa, para alcanzarlo, la puesta en práctica, de todas las cualidades de un buen gobierno; esta elevada meta sólo será realidad si se respetan unas normas adecuadas establecidas de antemano, una constitución propia, pues tal es el significado que corresponde a la palabra *politeia*. Isócrates afirmaba que la *politeia* era el alma de la ciudad, y este concepto perdura en el pensamiento filosófico contemporáneo, pero al mismo tiempo se ve enriquecido por la idea de goce, de equilibrio moral de los ciudadanos, de manera que su enunciado no queda reducido a mera teoría política, sino que incluye la dinámica de las virtudes sociales.

Ahora mismo recordábamos que la *politeia* de los lacedemonios constituyó, en buena medida, el modelo que más atrajo a las utopías del siglo IV. De ordinario se ensalzaba la cohesión y unidad de los espartiatas, sus virtudes militares y morales, y aunque se echase en falta la carencia de una instrucción filósofica no dejaba de admirarse su apego a la tradición y su obediencia al sistema. La verdad era que si tales principios pudieron significarse en otra época como rasgos más sobresalientes de Esparta, en pleno siglo IV habían perdido mucho de su antigua observancia; sin embargo, todavía estaban vigentes las instituciones del estado espartano que habían moldeado aquella sociedad y producido tan notables resultados, instituciones que caracterizaban a la *politeia* lacedemonia como un sistema particularmente atento a los ciudadanos.

Efectivamente, los órganos de gobierno de la constitución espartana ofrecían indudables atractivos a nuestros utópicos: la *gerousía* y los éforos, encarnación de la sabiduría y prudencia que debían adornar al grupo

de los gobernantes, controlaban las asambleas populares y vigilaban el cumplimiento de las leyes; por otra parte estaba la diarquía, la presencia de los dos reyes, que mantenían la tradición monárquica pero sin el peligro que siempre conllevaba el mando único. A ello cabía sumar el detalle de que, al menos teóricamente, la tierra era de todos los espartiatas, y el producto de la misma también. No obstante, los pensadores de la época fueron perfectamente conscientes de que esta *politeia* de los lacedemonios encerraba, con su apariencia de ideal estructura, sus propios fallos y contradicciones; por ello el ejemplo espartano se trataba de imitar en lo que aún conservaba de práctico para la realidad social del momento en el resto de Grecia.

La ciudad platónica está ocupada por un rico muestrario de hombres y actividades diferentes, pues cada persona debe hacer sólo una cosa, aquella que conoce. Todos los oficios, desde los más humildes a los de gran importancia, deben tener cabida en el estado, y aquí se incluyen, desde luego, las profesiones dedicadas al intercambio de mercancías, es decir, buhoneros, tenderos y mercaderes que trafiquen en el interior del territorio, pero también los protagonistas del gran comercio que desde lejanos países abastezcan a la ciudad de objetos necesarios e incluso de lujo. A este conjunto cabía añadir los oficios más sofisticados y que según Platón no son, frente a los demás, absolutamente necesarios; tal es el caso de los actores, artistas, artesanos de objetos preciosos y cuantos otros se consideran un exceso para la sociedad de la época.

Pero la existencia de un cuerpo de ciudadanos destinados a proteger las riquezas de la polis se tiene por imprescindible, y de conformidad con la idea de especialización que preside la *República* se aconseja la formación de un ejército profesional. Esta visión de la estrategia militar de un estado representa asimismo una novedad, puesto que lo habitual consistía en que todos los ciudadanos varones mayores de una determinada edad fueran los encargados de soportar la defensa de la comunidad, y esta tradición se había relajado para dar paso a la costumbre de contratar tropas mercenarias, según demuestran los principales hechos de armas de aquel período. Platón propone que a estos ciudadanos adscritos a la disciplina militar, los guardianes, se les debe dispensar un trato especial, pues conviene aislarlos desde su nacimiento para que reciban educación y lleven vida aparte; es en este punto en donde el proyecto político arroja una de las más claras semejanzas con la tradición del soldado espartiata y con el proceso de la *agogé* lacedemonia en particular.

Respecto a la forma en que deben integrarse con la sociedad, la utopía platónica reserva a los guardianes un papel pasivo, pues habrán de limitarse a ser mantenidos por el resto de la población y no se consentirá que posean bien alguno; ni tan siquiera podrán formar una familia. De esta manera los guardianes quedaban alejados del gusto por la posesión de las riquezas, y nada necesitan puesto que se hallan sostenidos públicamente y no tienen que atender ni mujer ni hijos. Aunque no se les conceda derecho al matrimonio estable, se admite que engendren descendencia, habida fuera de la institución familiar legal; estos hijos serán también cuidados por la sociedad y educados al estilo espartano, dentro de un ambiente militar, con la idea de que sustituyan en el futuro a sus padres. En realidad podríamos calificar a los guardianes como ciudadanos privilegiados, que reciben una instrucción esmerada y poseen el máximo de conocimientos sobre cuestiones de interés superior, convertidos, sin duda, en una verdadera casta militar; bajo sus órdenes, y también dentro de la milicia, Platón



Mujer moliendo grano. Terracota de Tanagra (Siglo IV a.C.). Atenas, Museo Arqueológico Nacional.

coloca a una serie de ayudantes exclusivamente con fines prácticos.

En la *República* no se cuenta para nada con los esclavos, pero figuran en cambio en las *Leyes*, puesto que aquí la utopía se fija como meta la ciudad ideal creada desde sus fundamentos, es decir, la comunidad perfecta surgida y pensada con todo detalle desde antes de comenzar a vivir como un estado autónomo. Detrás de esta idea se pueden atisbar influencias, por ejemplo, del pensamiento de Hipódamo de Mileto, el cual trabajó como arquitecto en época de Pericles y sometía toda nueva construcción a una jerarquización de valores absolutos, así como de otros teóricos que en el siglo IV abogaron por las ciudades de tipo alejandrino, que sólo en época helenística constituyeron una realidad cargada precisamente de reminiscencias platónicas.

En esta ciudad nueva el grupo de los ciudadanos se prevé reducido y controlado, a fin de que no exceda nunca de un volumen fijo (el producto de multiplicar los siete primeros números entre sí); a cada uno de los ciudadanos se les entregará en propiedad una parcela de tierra, lo que significa que todos los miembros de la recién creada comunidad-estado poseerían la condición de propietarios agrícolas, como sucedió en ciertos períodos de la primitiva colonización griega; por supuesto, tales tierras debían ser trabajadas por esclavos, mientras que los metecos y otros extranjeros estarían destinados a realizar los demás oficios en la artesanía y la industria.

La inviabilidad de los proyectos platónicos se muestra, por lo expuesto, bien patente. Para los tres grupos en que clasifica al Estado no cabía repartir una igualdad institucional; el modelo más semejante a la estructura ideal del filósofo era, evidentemente, el espartano, pero la sociedad lacedemonia revelaba una clara descompensación entre guerreros-guardianes/propietarios por una parte y el resto de la población por otra. Por lo que hace a la ciudad nueva no es preciso insistir en la dificultad de efectuar el control exacto de la población, así como en la rigidez del sistema previsto para el reparto de los lotes de tierra, que deberían ser iguales e indivisibles y permanecer inalterables. No es extraño, pues, que todas las teorías de Platón sobre la sociedad y el Estado ideales no pasaran de ser una imagen intelectual bellamente diseñada, que nunca encontró su realización práctica; la meta última de la ciudad platónica no tuvo en ningún momento proyección política.

3. Las ideas aristotélicas

La posición de Aristóteles respecto a los problemas sociales del siglo IV suele ser crítica, pero sus soluciones, aunque son menos radicales y rigurosas que los proyectos platónicos, pecan asimismo de un cierto idealismo o, al menos, de ser tan inviables como las del autor de la *República*. Por lo que hace al componente humano, la



Crátera ática
(Comienzos del Siglo IV a. C.)
Museo Nacional de Atenas

Los defectos de la Constitución espartana según Aristóteles

Pero desde el momento en que el estatuto de las mujeres no está bien definido parece, como ya mencioné anteriormente, que no sólo se genera una cierta inconsistencia entre el propio sistema político y sus postulados, sino que gana más aceptación la estima por el dinero. Sin duda después de lo que venimos de exponer cabría dirigir reproches a cuanto suscita irregularidades en la propiedad; de hecho ha sucedido que una parte de la población ha adquirido un patrimonio enorme, pero el del resto es completamente exiguo: por esta razón el territorio se ha quedado en poder de pocas personas. Y este problema también se halla defectuosamente contemplado en las leyes: pues se declaró ilícito comprar o vender el lote perteneciente a cada uno, lo que constituyó un acierto, pero se otorgó a quien lo quisiera facultad para hacer donación o concesión del mismo; a la postre por cualquiera de estos dos medios se derivan forzosamente iguales consecuencias. Además, casi dos quintas partes de todo el país son propiedad de mujeres, puesto que existen muchas herederas únicas y se ha hecho entrega de grandes dotes. Desde luego más valdría haber dispuesto la supresión de la dote, o bien haber señalado una dote escasa o incluso moderada: la legislación vigente autoriza a desposar a la heredera única con quien se desee, y si uno fallece sin haber determinado nada en el testamento, la persona a la que deja por heredero puede entregarla a quien prefiera. Así pues, aunque el territorio posee recursos para proveer a las necesidades de mil quinientos caballeros y de treinta mil hoplitas, los espartiatas forman un grupo inferior a mil. La propia realidad ha puesto en claro que esta serie de medidas no les procuró ningún bienestar: pues la población no ha superado ni siquiera un embate, sino que se extinguió por la escasez de hombres. Cuentan que en la época de los primeros reyes hicieron a más gente partícipe de la ciudadanía, de suerte que entonces jamás carecieron de hombres aun cuando hubo continuas guerras; y dicen que en otro tiempo eran hasta diez mil los espartiatas. Pero no importa si tales historias son o no auténticas, pues la mejor solución consiste en multiplicar el censo de ciudadanos por el sistema de impedir desigualdades en la propiedad. La ley relativa a la procreación contraría asimismo la posibilidad de esta reforma. Porque en su anhelo de que los espartiatas fueran muy numerosos el legislador empuja a los ciudadanos a engendrar la mayor cantidad de hijos: y en efecto, rige en Esparta una ley según la cual quien hubiera producido tres hijos queda exento de salir en expedición, y el padre de cuatro es declarado inmune de cualquier contribución. Sin embargo resulta visible que al crecer la población, mientras que el país sigue repartido de aquel modo, surgen por fuerza numerosos pobres.

Aristót., Pol. II 1270 a 11 ss.

ciudad ideal de Aristóteles está más cerca de la de las *Leyes*, pero con bastante flexibilidad en las concepciones. El número de habitantes dependerá de cada situación y deberá estar en consonancia con la propia autosuficiencia, por lo que se acaba propugnando mayor libertad y margen de nacimientos. Las barreras entre gobernantes-filósofos y guerreros-guardianes no las marcará la estricta pertenencia a distintos grupos sociales, sino el hecho natural de la edad de cada uno de los ciudadanos, que por supuesto no deben ocuparse de ninguna actividad económica ni trabajo manual. Mientras sean jóvenes defenderán al estado con su fuerza y vigor, cuando alcancen la vejez gobernarán auxiliados por la prudencia y su experiencia, lo que les permitirá comprender el carácter de los guerreros, en cuyas filas formaron durante su juventud.

Desde el punto de vista social Aristóteles acepta la realidad y las desigualdades que presencia entre los griegos, pero se esfuerza en hallar alguna contención para evitar que las diferencias no puedan nunca convertirse en abusos excesivos. Así, todos los miembros de la ciudad, toda la comunidad, debe tener, sean ricos o pobres, vivienda y subsistencias, pero además conviene que existan unos terrenos públicos con cuyo rendimien-

to cubrir las necesidades comunes y socorrer, sobre todo, a los más pobres.

Para que la ciudad de Aristóteles funcionara se requería una serie de instituciones adecuadas. Desde antiguo existía una clara distinción entre el monarca y el tirano, entre la buena o mala oligarquía, entre la acertada o incorrecta democracia, como las tres únicas formas posibles de gobierno; en los tres casos era la sujeción o no a las leyes la línea que marcaría la diferencia. El acceso a las magistraturas que recomienda Aristóteles está ligado, en todos los casos, a una buena posición económica y social del candidato en cuestión, tendencia que se había acentuado cada vez más a lo largo del siglo IV.

Sin embargo, ese grupo social escogido destinado a gobernar o a aconsejar a los futuros reyes —como sucedió con los monarcas helenísticos— debe tener unos principios morales y filosóficos que le permitan llevar a cabo una labor de purificación de la ciudad. Siguiendo el ejemplo de su maestro y de la Academia, Aristóteles establece el Liceo como lugar de difusión de estas ideas, que cabría comparar con los ideales humanistas del siglo XV y con los principios defendidos, más tarde, por los ilustrados.

4. La interpretación de los historiadores

Si hemos hablado de los ideólogos del siglo IV, también debemos abordar la panorámica de la época que nos proporcionan los autores que podríamos calificar como «historiadores», así como las soluciones expuestas. Un recuerdo hay que dedicar de nuevo a Isócrates, el gran retórico y polemista; de hecho este orador ateniense, que vivió más de noventa años, analizó a fondo la historia griega desde Alcibiades a Filipo; pero hubo también otros muchos retores cuyos juicios históricos suscitaron problemas políticos en relación con las decisiones que hubieron de adoptarse. Isócrates, Androtión, Hegesipo, Demóstenes o Esquines constituyen buenos ejemplos de cómo retórica e historiografía se complementan y auxilian.

La historia proporcionaba materiales a los oradores, es decir, a la lucha política, creaba antecedentes que servían a menudo para zanjar cuestiones difíciles, suministrando por consiguiente modelos a seguir. De ahí resulta que en muchas ocasiones su doble cometido de historiador y hombre público hace que ciertos oradores ofrezcan pensamientos contradictorios, como cuando Demóstenes, por ejemplo, presenta a Filipo como el destructor de la democracia ateniense, pero lo conceptúa, al mismo tiempo, como la persona más eminente que hay en el mundo. Pues en su calidad de tribuno activamente comprometido Demóstenes desprecia al hombre que combate contra el sistema político que él, ateniense, cree el mejor; mas como historiador, que debe estar abierto a los sucesos de su época, se deja impresionar por la fuerza de esa personalidad que también asombró a Esquines o a Teopompo.

La admiración de Teopompo por el monarca de Macedonia, a quien consieraba capaz de traer la unidad a Grecia, fue tan grande que el historiador de Quíos escribió un *Encomio de Filipo* en donde vaticinaba que alcanzaría el dominio absoluto sobre toda Europa. Cuando redactó más tarde las *Filípicas* llegó Teopompo incluso a negar el papel desempeñado por Atenas en defensa de las ideas panhelénicas y a resaltar los fallos de la democracia, entre los que significa la tendencia a reprimir la personalidad de los políticos que más sobresalen para diluirlos en la masa; en su opinión, la influencia de estos hombres y sus deseos de controlar los excesos contra la libertad habían sido acallados mediante procesos. La ciudad griega concebida a la antigua estaba

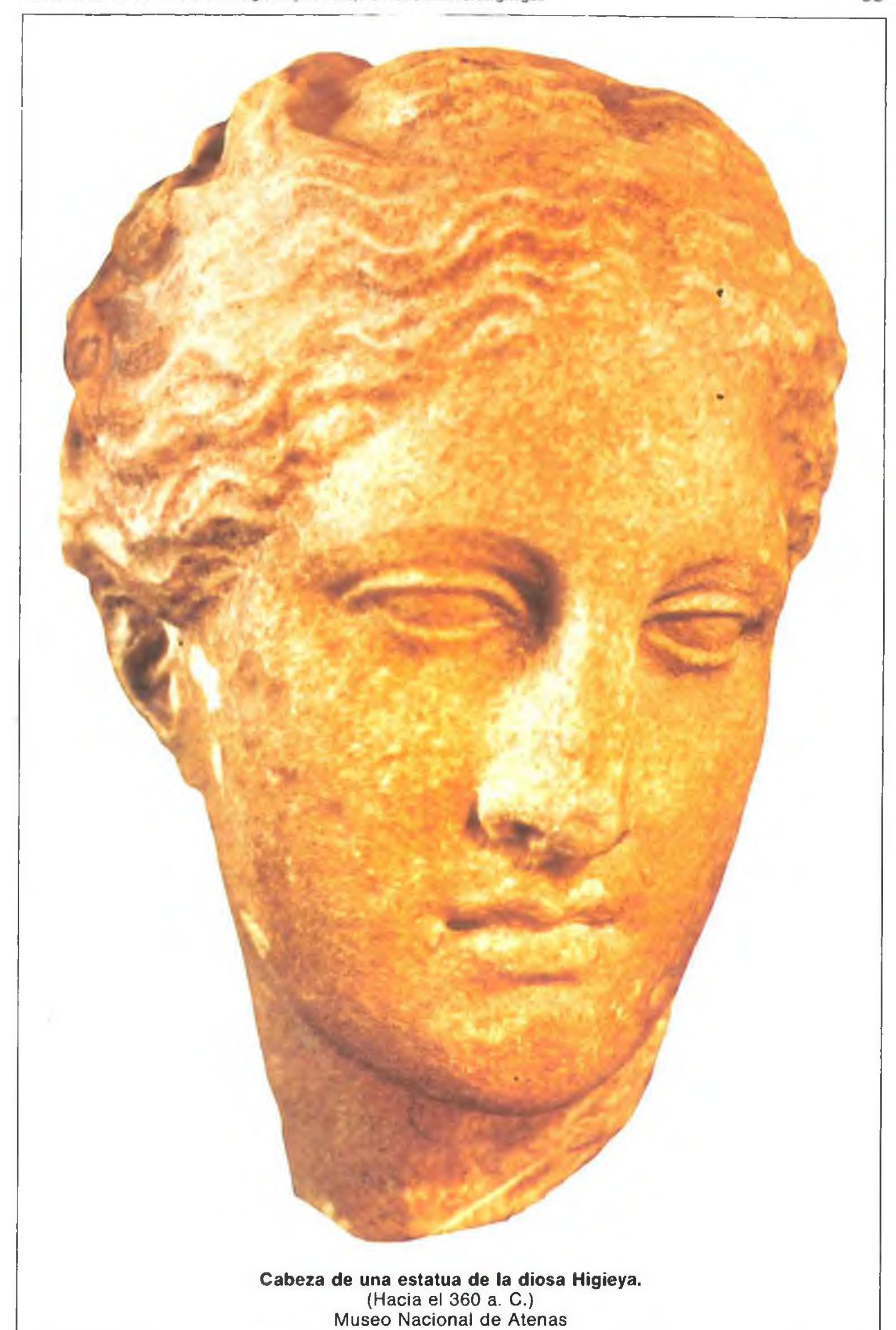


Fragmento de la fachada del tholos de Epidauro (Segunda mitad del siglo IV a.C.).

muriendo, mas Teopompo duda de que una sola persona pueda sin más reanimarla puesto que todo individuo, si tiene debilidades, constituirá un peligro objetivo para la libertad. Únicamente un hombre grande y altruista a la vez —en clara alusión a Filipo— estaría dotado de medios para remover la parálisis que aquejaba a los estados helénicos.

Éforo de Cumas fue el otro historiador del siglo IV que nos ha transmitido su visión sobre este período de crisis y profundos cambios políticos. Aunque incurra en algunas incongruencias fruto de aquel tiempo, en sus escritos históricos, conservados fragmentariamente, defiende una posición inequívocamente panhelénica; Éforo aprecia tanto la constitución espartana, a la que toca ya su última hora, como la ateniense, pero no renuncia a la aportación de otras ciudades y de las *poleis* del Asia Menor al desarrollo de la cultura griega. Por eso su indagación se dirige a los aspectos que manifiestan el carácter universal del acontecer histórico, captando sin duda el ambiente del momento y anticipándose a las ideas helenísticas. La obra de Éforo se convirtió en la fuente de otros muchos autores antiguos y supone, ante todo, la cumbre de la evolución historiográfica del siglo IV.

En definitiva, oradores e historiadores también mantuvieron, si los consideramos globalmente, una actitud propia ante los problemas del siglo en que vivieron. Para unos, que siguen la tradición práctica de Tucídides, hay que procurar la adaptación de los deseos a la realidad, de suerte que la narración histórica se dispone en conexión con los hechos de los protagonistas más destacados, con sus discursos y con las distintas versiones ofrecidas por ellos sobre lo que resulta conveniente o útil en cada ocasión. Otros, más cercanos a los planteamientos socráticos, adoptaron una actitud moralizante y trataron de acoplar la realidad a los valores absolutos de lo que debe o no hacerse.



Cabeza de una estatua de la diosa Higieya.
(Hacia el 360 a. C.)
Museo Nacional de Atenas

Bibliografía*

Obras de carácter general

Beloch, J.: *Die Attische Politik seit Perikles*, Leipzig 1884.

Bianchi Bardinelli, R. (dir.): *Historia y civilización de los Griegos*, T. V, Barcelona 1981.

Finley, M.I.: *Vieja y nueva democracia*, Barcelona 1979.

Garlan, Y.: *Les esclaves en Grèce ancienne*, París 1982.

Gauthier, Ph.: *Symbola. Les étrangers et la justice dans les cités grecques*, Nancy 1972.

Gluskina, L.M.: «Zur Spezifik der klassischen griechischen Polis im Zusammenhang mit dem Problem ihrer Krise», *Klio* 57, 1975, pp. 415-431.

Hasebroek, J.: *Staat und Handel im alten Griechenland*, Tubingen 1928.

Heicheineim, r.M.: *Wirtschaftsgeschichte des Altertums*, I-II, Leiden 1938.

Hopper, R.J.: *Trade and Industry in Classical Greece*, London 1979.

Jaeger, W.: *Paideia: los ideales de la cultura griega*, México 1957.

Marinovic, L.P.: *Greceskoe naemnicestvo IVv. do n. e. i krizis polisa*, Moscú 1975.

Marrou, H.I.: *Historia de la educación en la Antigüedad*, Madrid 1985.

Nestle, W.: *Historia del espíritu griego*, Barcelona 1961.

Las instituciones internacionales y políticas

Adcock, F.E.: *The Greek and Macedonian Art of War*, Berkeley-Los Angeles 1957.

Anderson, J.K.: *Military Theory and Practice in the Age of Xenophon*, Berkeley-Los Angeles 1970.

Calabi-Limentani, I.: *Ricerche sui rapporti tra le poleis*, Firenze 1953.

Garlan, Y.: *La guerre dans l'Antiquité*, París 1972.

Giovannini, A.: *Untersuchungen Über die Natur und die Anfänge der bundesstaatlichen Sympolitie in Griechenland*, Göttingen 1971.

Martin, V.: *La vie internationale dans la Grèce des cités* (VI.º-IV.º S. av. J.-C.), París 1940.

Parke, H.W.: *Greek Mercenary Soldiers from the Earliest Times to the Battle of Ipsus*, Oxford 1933.

Perlman, S.: «The Politicians in the Athenian Democracy of the 4th. Century B.C.», *Athenaeum* 41, 1963, pp. 327-355.

Pritchett, W.K.: *The Greek State at War*,

* Vid. asimismo la bibliografía de los apartados *Obras de carácter general* (en el tomo 26 de esta colección, *Grecia en la 1.ª mitad del siglo IV*) y *Los intelectuales griegos ante Filipo* (en el tomo 29 *El mundo griego y Filipo de Macedonia 359-336*).

I-IV, Berkeley-Los Angeles-London, 1974-1985.

Rhodes, P.J.: *The Athenian Boule*, Oxford 1972.

Las conmociones sociales y económicas

Austin, M.-Vidal-Naquet, P.: *Economies et sociétés en Grèce ancienne*, París 1972.

Buchanan, J.J.: *Theorika. A Study on Monetary Distributions to the Athenian Citizenry during the Fifth and Fourth Centuries B.C.*, Locust Valley, N.Y., 1962.

Finley, M.I.: *La economía de la Antigüedad*, Madrid 1975.

Fuks, A.: «Patterns and Types of Social-Economic Revolution in Greece from the Fourth to the Second Century B.C.», *Anc. Soc.* 5, 1974, pp. 51-81.

Gauthier, Ph.: *Un commentaire historique des Poroi de Xénophon*, Ginebra-París 1976.

Mossé, C.: *Le travail en Grèce et à Rome*, París 1966.

Pecírka, J.: «Homestead Farms in Classical and Hellenistic Hellas», en M.I. Finley (edit.), *Problèmes de la terre en Grèce ancienne*, París 1973, pp. 113-147.

Welwei, K.-W., *Unfreie im antiken Kriegsdienst*, I-II, Wiesbaden 1974-1977, 1974-1977.

Atenas, Esparta, Tebas

Davies, J.K.: *Athenian Propertied Families, 600-300 B.C.*, Oxford 1971.

Finley, M.I.: *Studies in Land and Credit in Ancient Athens, 500-200 B.C.*, New Brunswick 1952.

Gluskina, L.M.: «Studien zu den sozial-ökonomischen Verhältnissen in Attika im 4. JHr. v.u.Z.», *Eirene* 12, 1974, pp. 111-138.

Griffith, G.T.: *Athens in the Fourth Century*, en P.A. Garnsey - C.R. Whittacker (edit.), *Imperialism in the Ancient World*, Londres 1978, pp. 127 ss.

Larsen, J.A.O.: *Greek Federal States*, Oxford 1968.

Mossé, C.: «La vie économique d'Athènes au IV.º siècle, crise ou renouveau?», en F. Sartori (edit.), *Praelectiones Patavinae*, Roma 1972, pp. 135-144.

«Le statut des paysans en Attique au IV.º siècle», en M.I. Finley (edit), *Problèmes de la terre en Grèce ancienne*, Paris 1973, pp. 179 ss.

«Die politischen Prozesse und die Krise der athenischen Demokratie», en E.C. Welskopf (edit.), *Hellenische Poleis*, 1, Berlin 1974, pp. 160-187.

«Métèques et étrangers à Athènes aux IV.º-III.º siècles avant notre ère», en H.J. Wolff (edit.) Symposion 1971, Köln-Wien 1975, pp. 205-213.

Historia de una democracia: Atenas, Madrid 1981.

Oliva, P.: *Esparta y sus problemas sociales*, Madrid 1983.

Perlman, S.: «Political Leadership in Athens in the Fourth Century B.C.», *Past and Present* 22, 1967, pp. 161-176.

Sealey, R.: «Die spartanische Nauarchie», *Klio* 58, 1976, pp. 335-358.

Los pensadores griegos del siglo IV

Finley, M.I.: *The Ancestral Constitution*, Cambridge 1971.

Fritz, K.V.: *Platón in Sizilien und das Problem der Philosophenherrschaft*, Berlín 1968.

Frolov, E.: «Das Problem der Monarchie und der Tyrannis in der politischen Publizistik des 4. Jahrhunderts v.u.Z.», en E.C. Welskopf (edit.). *Hellenische Poleis*, 1, Berlin 1974 pp. 401-434.

Isnardi, M.: *Filosofia e politica nelle lettere di Platone*, Nápoles 1970.

Luccioni, J.: *Les idées économiques et sociales de Xénophon*, París 1947.

Mossé, C.: *Las doctrinas políticas en Grecia*, Barcelona 1970.

Sinclair, T.A.: *Histoire de la pensée politique grecque*, París 1953.